

FORJADORES DEL INTA

TOMO VII



Ministerio de Agricultura,
Ganadería y Pesca
Presidencia de la Nación

FORJADORES DEL INTA

TOMO VII



Ministerio de Agricultura,
Ganadería y Pesca
Presidencia de la Nación

AUTORIDADES

Presidenta de la Nación Argentina
Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Agricultura, Ganadería y Pesca
Norberto Yauhar

Presidente del INTA
Carlos Casamiquela

Vicépresidente del INTA
Francisco Anglesio

Director Nacional
Eliseo Monti

Vocales
Bruno Quintana
Alejandro Lahitte
Horacio Alippe
Aldo Paredes
Elbio Laucirica
Daniel Garello
Oscar Arellano
Eduardo Baroni

AGRADECIMIENTOS

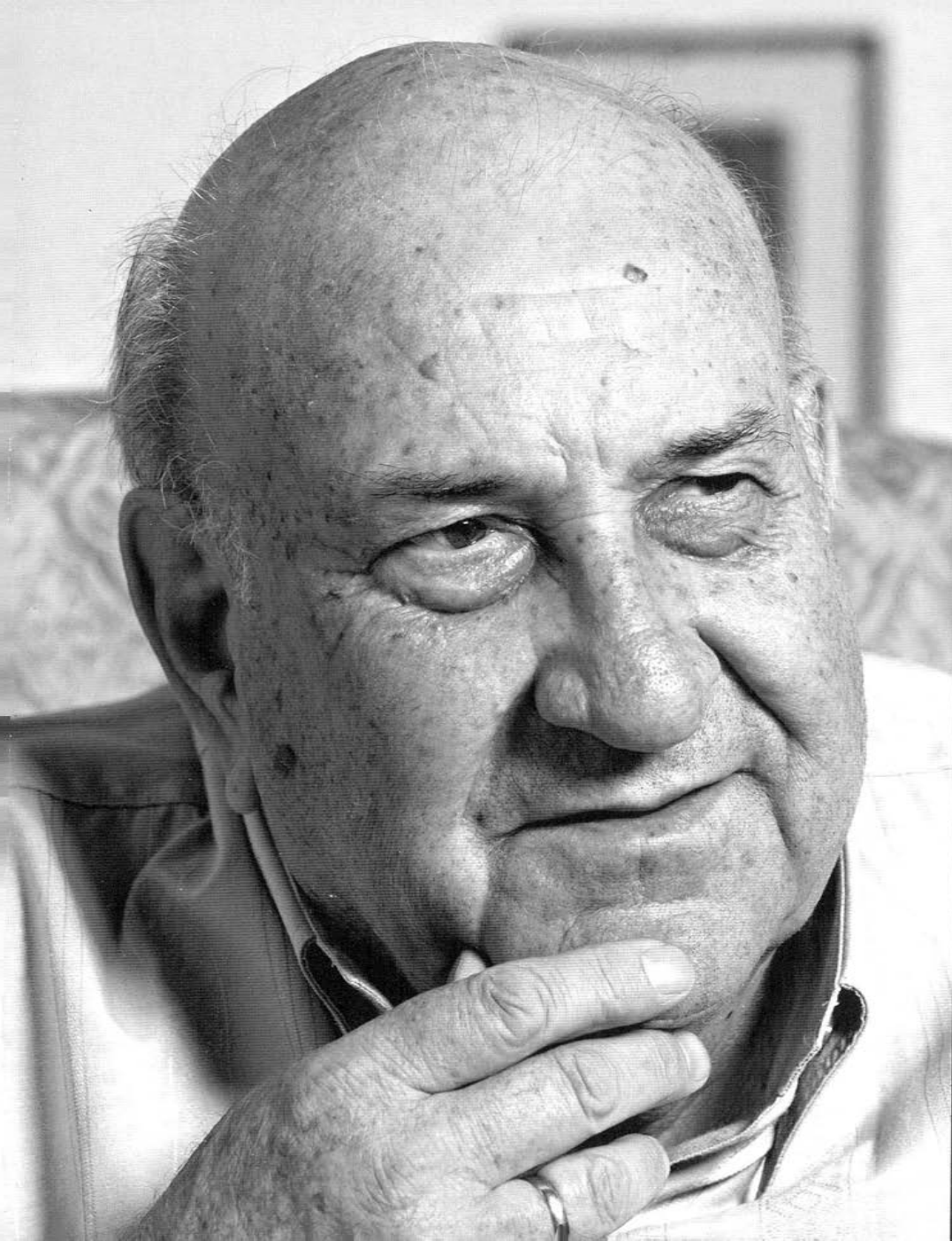
El INTA quiere expresar su profundo agradecimiento al personal técnico y administrativo de los centros regionales involucrados en esta segunda entrega de la serie "Forjadores del INTA" quienes con su tiempo y colaboración hicieron posible la realización de esta publicación. También agradecer muy especialmente a Gabriel Delgado, Gabriel Parellada y Daniel Miquet por el apoyo brindado en la coordinación de todo el trabajo.

CRÉDITOS

<i>Idea, dirección de arte y producción general:</i>	Ediciones Las Eme
<i>Textos:</i>	Luis Alberto Peña
<i>Fotografías:</i>	Pablo Lasansky
<i>Redacción de títulos:</i>	Maitena Minella
<i>Diseño y maquetación:</i>	Jorge Bittleston
<i>Asistentes de Producción:</i>	Florencia Bittleston y Laura Parellada
<i>Bicromía:</i>	Ricardo Farías
<i>Corrección de textos:</i>	Carmen Cáceres
<i>Impresión:</i>	Casano Gráfica S.A.

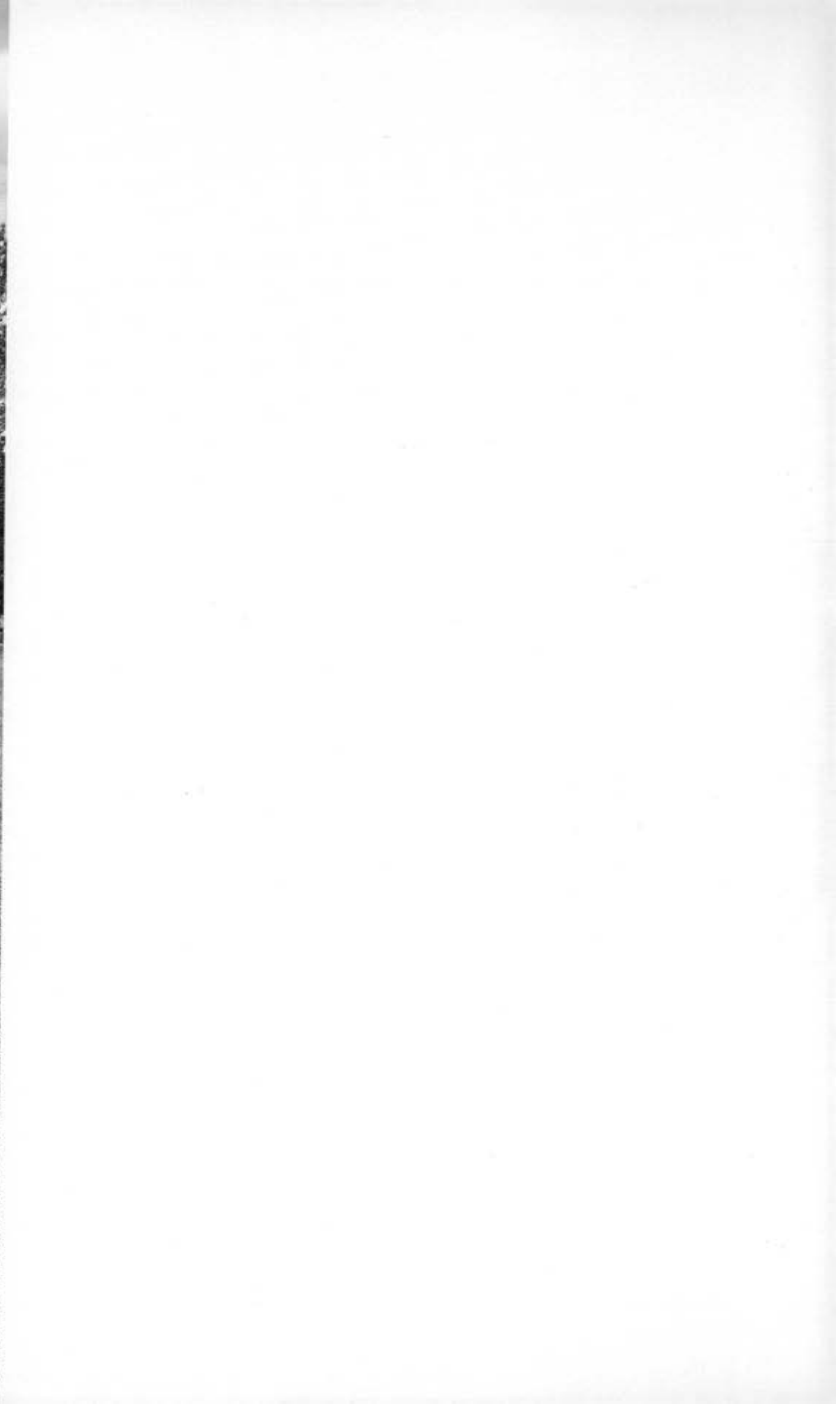
FORJADORES DEL INTA

ALTO VALLE,
PROVINCIA DE RÍO NEGRO



ALCIDES LLORENTE







ALOIDES LLORENTE

FACULTADES EXTRAORDINARIAS

El ingeniero Alcides Llorente ingresó al INTA en 1965 en condiciones bastante especiales, junto con el ingeniero agrónomo Héctor Castro. No fue contratado por el organismo nacional agro-técnico sino que su relación laboral derivaba de un convenio firmado con la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, con la que se vinculó como docente y técnico.

Conforme a ese acuerdo, los alumnos iban a cursar asignaturas relacionadas con la fruticultura, la horticultura y la vitivinicultura a la Estación Experimental Agropecuaria del Alto Valle de Río Negro.

Llorente se ocupaba de la parte vitivinícola, el ingeniero agrónomo Delio Calvar enseñaba horticultura y el ingeniero agrónomo Luis Tiscornia se dedicaba a la fruticultura. Héctor Castro sí había sido contratado por el INTA y trabajaba en fruticultura.

Recién en abril de 1978, después de 13 años de trabajar a través de la Universidad, ingresó como técnico al INTA. Recuerda, con tono jocoso, que entonces se comentaba que cobraba dos sueldos, pero no era así.

Entre 1968 y 1970 se doctoró en fruticultura en Francia, en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Orléans-Tours. El trabajo de investigación que presentó como tesis final fue realizado en la Station des Recherches Fruitières d'Angers del Institut National de la Recherche Agronomique, INRA de Francia. La investigación fue costeadada por la Universidad del Sur, gra-

cias a la cual obtuvo el título de Doctor en Ciencias Naturales.

Con el tiempo, Llorente se transformó en uno de los enólogos más respetados a nivel regional y nacional. Es un destacado experto en vitivinicultura. No sólo manejó durante gran parte de su trayectoria, entre 1990 y 2003, el Grupo Viticultura del INTA Alto Valle, sino que también fue director reemplazante de la EEA, entre 1979 y 1984, y se desempeñó como decano interino de la Facultad de Ciencias Agrarias de la Universidad Nacional del Comahue en 1977 y 1978.

ORÍGENES

Llorente nació en el pueblo de Luis Beltrán, una isla de la provincia de Río Negro ubicada al norte de Choele Choel. Su familia es reconocida como pionera en el desarrollo beltranense.

Era el menor de seis hermanos. En su localidad no había escuelas primarias ni secundarias por lo que debió cursar algunos grados en Choele Choel. Durante su niñez y adolescencia todos los días tenía que viajar unos cuantos kilómetros para poder estudiar. Al momento que debía ingresar al secundario se creó este nivel en Choele Choel, lo que le permitió ser el único de los seis hermanos en dar ese enorme salto en la educación. Fue uno de los primeros egresados del Colegio Nacional "Perito Moreno", como bachiller. Entonces consiguió una beca para avanzar en sus estudios y pudo ir a Bahía Blanca.

El 26 de julio de 1965 se graduó como ingeniero agrónomo en el Departamento de Agronomía de la Universidad Nacional del Sur. De inmediato se instaló en el Alto Valle de Río Negro, donde se ocupó de todo lo relacionado con la vitivinicultura hasta su jubilación, en 2004.

CEFERINO NAMUNCURÁ

Llorente pertenece a una familia de inmigrantes. Su padre fue uno de los primeros pobladores de la región. Era un español que había llegado a la Argentina en 1908, con poca cultura pero con enormes ganas de triunfar.

Como tantos otros que se hicieron comerciantes y productores, el padre quería que Alcides fuese universitario y lo logró.

Su madre había nacido en 1900 y vivía en un pueblo rionegrino llamado Chimpay, de donde era oriundo el beato Ceferino Namuncurá. Su abuela materna, de apellido Mazzoni, formó parte de una historia singular. Era maestra y vivía en un campo del otro lado del río Negro, frente a la toldería de Namuncurá. Ella le leía las cartas que, desde Italia, mandaba Ceferino, joven laico salesiano, a su padre, Don Manuel Namuncurá. También escribió las respuestas desde 1902 y hasta la muerte de Ceferino, en 1905.

Llorente cree que las cartas que recibía el cacique fueron guardadas en Fortín Mercedes. Como trofeos de guerra, a Don Namuncurá le dieron tierras y el grado de coronel después de la capitulación.

El abuelo de Alcides fue un agrimensor que se instaló en Viedma tras haber comprado un campo grande en Valle Medio, en el que criaba ovejas.

Es decir que buena parte de su familia estuvo siempre relacionada con la agricultura. Tenía en su campo una pequeña bodega. Con el tiempo, Alcides se especializó en la producción de uvas de mesa y para vinificar, y también en todo el cuidadoso proceso de elaboración del vino.

GRACIAS

Convertido en un importante enólogo, Llorente siente un profundo reconocimiento hacia el INTA por todo lo que le dio en su carrera.

Bromea diciendo que “estaba virtualmente casado con el organismo”. Vivía mucho tiempo en la EEA y llegaba a su casa recién avanzada la tarde. Pero reconoce que gracias al INTA pudo capacitarse, viajar por el mundo, conocer gente y hacerse amigo de técnicos de todos lados.

La vinculación con expertos y organismos del exterior es algo que considera inapreciable y de enorme utilidad.

ENTRE ANDENES

Llorente no puede dejar de contar fechas y episodios que cubren los 100 años de la Estación Experimental Agropecuaria Alto Valle.

Fue creada en 1912, junto con la EEA de Pergamino. A fines del siglo XIX la extensión de las vías férreas desde Bahía Blanca, en la provincia de Buenos Aires, hasta la región del Alto Valle, ubicada en la confluencia de los ríos Limay y Neuquén que originan el río Negro, abrió las posibilidades productivas de la zona a los capitales ingleses, lo cual significó una etapa de rentables actividades económicas.

La empresa Ferrocarril Sud dio el primer paso hacia el cambio productivo.

En 1913 comenzó la venta de las chacras en fracciones de entre 2 y 50 hectáreas, con facilidades para los adquirentes, ma-

yoritariamente inmigrantes españoles e italianos y, en menor medida, ingleses.

De todas formas la producción estuvo fuertemente orientada por los ingleses, primero hacia el cultivo agrícola (alfalfa, cereales, papas, con algo de vid y frutales) y poco después hacia una producción decididamente frutícola, en pequeñas parcelas de carácter familiar.

Con el producto de estas ventas los colonos fueron adquiriendo plantas de frutales. Primero de pera (en su variedad Williams) y luego de manzana (en la variedad Deliciosa). De a poco ambos frutales se convirtieron en los cultivos por excelencia de la región.

En 1918 se fundó la Estación Agronómica Cinco Saltos, creada por la empresa ferroviaria para apoyar el desarrollo productivo de la zona.

Para ello dio participación a importantes fitopatólogos y profesionales vinculados a la genética, quienes exploraron las variedades frutales que mejor se adaptaban a las condiciones locales y luego fueron vendidas a plazo a los fruticultores.

ALEJANDRO STEFENELLI

En 1902 el padre salesiano Alejandro Stefanelli, pionero de la enseñanza agrícola, recibió por decreto nacional un campo de 220 hectáreas con tierra apta para poner bajo riego. Ese campo estaba destinado a la ampliación de la Escuela de Prácticas Agrícolas, que albergaba a niños huérfanos en la localidad de Juan José Gómez, cercana a General Roca.

El 30 de diciembre de 1912, el Presidente Luis Sáenz Peña

firmó el decreto por el cual esas tierras se destinaron a la fundación de una estación experimental y de un vivero. Un año después, en 1913, el padre Stefanelli fue enviado a otro lugar y allí comenzó a funcionar la Estación Experimental de Río Negro, dependiente de la Dirección Nacional de Agricultura.

Esta institución se dedicó principalmente al cultivo de alfalfa para la obtención de semillas y forraje. También dio un importante impulso a la apicultura como actividad complementaria.

ACOMODÁNDOSE

En 1948 el Ferrocarril del Sud pasó a manos del estado, junto con toda su infraestructura de apoyo a la actividad agropecuaria.

El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) se creó el 4 de diciembre de 1956. Dos años más tarde, la Estación Experimental de Río Negro fue incorporada al INTA y adoptó el nombre de Centro Rionegrense. Se amplió su planta de personal técnico y de apoyo, y tomó a su cargo la investigación y extensión de las nuevas tecnologías.

En 1963 se unificaron las dos estaciones experimentales del INTA en la región, con el traslado del personal de Cinco Saltos a J. J. Gómez. A partir de esa fecha, pasó a llamarse Estación Experimental Agropecuaria Alto Valle.

En 1964 se decidió ampliar las capacidades del centro, por lo cual debieron buscar una chacra de 100 hectáreas para armar un Campo Experimental. Se estudiaron varias alternativas y, luego de comprobar que daban bien los estudios de suelos, se

compró un campo de 900 hectáreas en la zona de Allen al estanciero alemán Hans Flügel.

La escritura fue firmada ese mismo año por los entonces Presidente del INTA, ingeniero Gastón Bordelois, y Director Nacional, ingeniero Ubaldo García.

Empezaron entonces las gestiones orientadas a conseguir el dinero para construir los edificios y laboratorios, en una época en que había muchos problemas económicos. Finalmente, algunas instalaciones se inauguraron en 1982 y una parte de los técnicos fue a Allen mientras que otra se quedó en las viejas edificaciones.

En la década de 1980 se verificó el paulatino traslado de J. J. Gómez hacia Allen, a la vera de la Ruta Nacional N° 22, kilómetro 1.190, donde actualmente se encuentra. Tiene bajo su jurisdicción las áreas irrigadas de los Valles Alto y Medio del río Negro, y Alto y Medio del río Colorado.

En 1990 el viejo edificio de J. J. Gómez fue abandonado. En los años de dictadura fueron desapareciendo del INTA los objetos que allí se encontraban y se perdió todo, cuenta el experto. De a poco fueron ocupando y robando en las casas y los galpones.

Recientemente, para revivir la memoria histórica, el edificio fue remodelado con la ayuda de una ONG.

UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

El período del enólogo Llorente fue, a su juicio, una época muy activa, dinámica, con períodos de gloria y otros de escasez en cuanto a los presupuestos con los que había que llevar adelante los ensayos.

Entre 1976 y 1983, período de la dictadura militar, el INTA -como muchos organismos del Estado- sufrió una parálisis pronunciada en las relaciones con el mundo, ya que se detuvo la apertura que se había registrado en la década de 1960 hasta mediados de 1970. En esa parálisis prácticamente nadie salió del país para capacitarse y recién en 1983 se volvió a abrir todo el accionar institucional, posibilitando a los técnicos trasladarse al exterior para sus capacitaciones y accediendo a becas por diversos medios de financiamiento.

Entre 1995 y 2002 nuevamente hubo múltiples problemas económicos que mejoraron a partir de 2003, momento en que los técnicos pudieron empezar a trabajar más tranquilos, más cómodos, acercándose nuevamente a los productores de todas las zonas rurales.

Llorente considera que el prestigio que el INTA pudo lograr en esos tiempos no es similar al que tiene en la actualidad, porque surgieron otros actores y el Instituto ya no es el único que ensaya y hace extensión. Antes no había tantas universidades, de manera que el organismo agro-técnico era el único que hacía tareas de investigación y desarrollaba acciones de extensión.

GÓNDOLA DE VARIETALES

Recuerda que en Río Negro había 18.000 hectáreas con viñedos y que recién en la década de 1960 ganó pleno auge la implantación de viñedos. Pero como el mercado estaba ávido de vinos, a los productores les interesaba sólo la cantidad y no la calidad, algo que afectaba a la excelencia de las producciones de las bodegas.

Por eso los cultivos eran de alto rendimiento y de baja excelen-

cia enológica. Había muchas plantas de bajo nivel en lo referente a calidad y una enorme mezcla de variedades que no se podían tipificar.

Las condiciones del clima no eran tan favorables para ese tipo de cultivares.

En Río Negro no se producía la cantidad de kilos por hectárea que se lograban en Mendoza o en San Juan, donde se conseguían entre 40.000 y 50.000 kilos por hectárea. En el Alto Valle se lograban 20.000 y por eso empezaron a llegar de otros lados vinos mejores y más baratos.

Estos antecedentes produjeron una crisis en la producción provincial y bajó abruptamente el área plantada con viñedos, hasta ubicarse en 4.000 hectáreas.

Desde 1992 empezaron a implantarse viñedos con variedades de alta calidad, aunque con menor rendimiento. Se empleaban cepas de origen francés, como Malbec, Merlot, Cabernet Sauvignon, Chardonnay, Sauvignon blanco, Pinot negro y otras. Ese avance permitió obtener cosechas de muy buena calidad, con excelentes perspectivas para ganar los mercados nacionales e internacionales.

En 1987, Llorente participó de la elaboración del Plan de Desarrollo Vitivinícola de la Provincia de Río Negro. Fue la única vez en la historia de la provincia que un grupo de especialistas hizo un trabajo de esa clase pero, se lamenta, finalmente fue "cajoneado".

En 2001, el enólogo diseñó, por pedido del gobierno de Neuquén y mediante un acuerdo con la Fundación ArgenINTA, un proyecto de desarrollo vitivinícola para implantar viñedos en los departamentos de Añelo y Confluencia. Además realizó

un estudio del desarrollo de nuevas áreas, para el cual debió impulsar pruebas del comportamiento varietal en cuatro diferentes localizaciones.

La experiencia fue exitosa y actualmente la provincia de Neuquén supera a Río Negro en superficie plantada de viñas y en la producción de vinos.

SUCURSAL SUREÑA

En 2001 se puso en marcha el polo de desarrollo vitivinícola de la provincia de Neuquén, impulsado por el INTA, organismo que luchó mucho para que esa zona tuviera su propio desarrollo en vinos, iniciando con uvas de muy buena calidad.

En apenas cuatro años se llegaron a implantar 1.600 hectáreas utilizando tecnología de punta probada en la región. Todo fue el resultado de los ensayos del INTA, quien fue la encargada de testear los cultivares y aconsejar a los productores.

La zona se ha convertido en un polo vitivinícola importante que vende alrededor de 14 millones de botellas por año (una cantidad todavía pequeña si se la compara con lo que produce Mendoza). Esto permitió que la producción saliera no tanto como vino de Neuquén, sino de la Patagonia.

Llorente piensa que hacia fines de la década de 1990 algunos empresarios se dieron cuenta de las bondades que ofrecían las condiciones ecológicas de la provincia, principalmente el clima. Por eso retomaron los conceptos que habían tenido en cuenta los pioneros para el desarrollo de una vitivinicultura de calidad, sobre la base de la implantación de las variedades aptas y la adopción de la tecnología disponible, tanto en el cultivo como en la elaboración.

TERRUÑO PATAGÓNICO

Para el enólogo, Patagonia es una marca de origen. El INTA contribuyó potenciando sus distintos productos: corderos, vinos, cerezas. Es una denominación de procedencia y un paraguas importantísimo para poder vender, sobre todo en el exterior, donde a veces es más importante la palabra Patagonia que la palabra Argentina.

En sus relatos señala que no hay que olvidar que el famoso investigador y naturalista Charles Darwin comentó que la Patagonia que había conocido en sus viajes era una tierra inhóspita, con molestos vientos, desértica, con vegetación achaparrada.

Se consideraba a la Patagonia como una tierra maldita. Cuando se plantean esas dudas, Llorente explica que los cultivos están en valles irrigados y protegidos, con climas aptos para esos productos, aunque en la meseta se complican las cosas.

La Patagonia norte, con sus valles más abrigados, es ideal para frutas, verduras y vinos. La Patagonia sur es ideal para pasturas y corderos. Incluso algunos valles de la Cordillera de los Andes son ideales para esas actividades.

ATILIO CASSINO

En su análisis del desarrollo patagónico, Llorente hace notar que con los años claramente se capitalizó la tarea que había realizado el responsable de la Sección Vitivinicultura, su jefe y maestro, el ingeniero agrónomo Atilio Cassino. Un técnico reconocido y de larga trayectoria como pionero en la Patagonia.

Era mendocino y sentía pasión por la región patagónica. Cas-

sino insistía que, por efectos del clima, en el Alto Valle eran recomendables las variedades de vid de ciclo corto. Y justamente esas son en la actualidad las que tienen menor producción y más calidad que los cultivares de ciclo largo.

Mendoza quería más producción y por eso se inclinaba por las variedades más largas. En el Alto Valle se reivindicaron las variedades de ciclo corto y de alta calidad enológica.

El ingeniero Cassino se peleaba con los colegas mendocinos por sus distintas visiones de la realidad. Llorente evoca que la realidad de los rionegrinos era tan pequeña que no les daban importancia en otras provincias, aunque luego se dieron cuenta de que se necesitaban uvas de calidad para conseguir vinos de calidad.

Con el tiempo, desde Mendoza empezaron a pedirles las variedades que cultivaban en Río Negro.

El desarrollo vitivinícola argentino explotó entre 1990 y 1995 con esos cultivares, sobre todo con el Malbec, una variedad que es ahora emblemática de la Argentina y que en aquellos tiempos no se producía en Mendoza o estaba marginada. Recuerda que era una cepa que los mendocinos despreciaban mientras que en Río Negro estaba en plena producción.

BOUTIQUES

El viñedo argentino gira hoy en torno a las variedades de alta calidad y de reducidas cosechas, aunque todavía hay viñedos de alta producción que se orientan a lograr vinos comunes, destinados a mercados específicos que los demandan.

A su juicio, el orgullo de la Argentina son los vinos de calidad.

En 1990 se exportaban alrededor de 15 millones de dólares de productos vitivinícolas (vinos, uvas, pasas) a nivel nacional y ahora se están alcanzando los 1.000 millones de dólares, lo cual refleja un avance fabuloso.

Ha sido el resultado de la tecnología de los cultivos y de la tecnología de las bodegas. Actualmente una bodega es una boutique, toda de acero inoxidable, totalmente limpia, con barricas impecables, piletas recubiertas y caños tapados que no están sobre el piso. Antes, en cambio, eran sucias y había que andar saltando de un lado a otro para evitar pisar las instalaciones precarias. Ahora, si hay telarañas, son sólo para impactar a los turistas, agrega.

IDA Y VUELTA

Los productores tenían mucha confianza en los técnicos y existía una estrecha relación, de mutua confianza. La estrategia de los técnicos consistía en no mostrarse orgullosos como los creadores de la tecnología vitivinícola, sino en ir a buscar información de los chacareros, quienes se caracterizaban por ser muy observadores.

Los ingenieros desarrollaban buenas relaciones con los trabajadores de campo en la Estación Experimental. Tenían en cuenta que ellos estaban todo el día encima de las plantas, conocían mucho las novedades y podían ver y entender cuestiones que los propios profesionales no detectaban, todo ello en un interesante proceso de integración.

Cuando un técnico desarrolla una tecnología y la plasma en un papel, debe tener en cuenta que gran parte, la más práctica, la aportó otra persona, explica Llorente. Cuando se trabaja

en los racimos, en uvas de mesa, los trabajadores son los que están en condiciones de observar detalles impensados en toda la producción y por eso es muy importante escucharlos.

Algunos productores tenían variedades interesantes y los ingenieros les proponían llevarlas, estudiarlas, discutir las, con lo que se iba armando una relación sólida y productiva, a través de la cual se alcanzaron amplios resultados. En la EEA no se puede hacer todo para mejorar la calidad y la producción, sino que son los chacareros quienes están en condiciones de realizar aportes sólidos desde la otra vereda, donde están los viñedos.

En base a esta creencia los técnicos salieron bastante, para ir a distintas áreas entre el Campo Experimental y las chacras.

SIN AMORTIGUADORES

Para trasladarse usaban vehículos Jeep sin amortiguadores, con elásticos gastados. A veces tenían que levantar ensayos en Villa Regina, a 50 kilómetros, y viajaban en épocas de frío en una camioneta. Iban tres técnicos adentro y dos atrás, en la caja, pero viajaban contentos. Como el INTA les pagaba la comida, llevaban un asado y seguían a la tarde.

Los ensayos duraban normalmente todo el día si había que podar, hacer algún otro trabajo o cosechar. Los técnicos debían atender periódicamente las parcelas que facilitaban los productores. Cada quince días debían acercarse a los trabajadores para hacer los ensayos y cosechar.

La Patagonia norte, desde el punto de vista vitivinícola, era prácticamente desconocida porque los mendocinos, según Llorente los verdaderos reyes del vino y los pioneros en la Argentina, la ocultaban.

Desde 1972 tuvieron permiso para llevar uvas y realizar ensayos para hacer vinos en una bodega experimental que se había creado en Luján de Cuyo, Mendoza. Les dieron cupos para llevar uvas, en pequeñas vinificaciones de Pinot negro, Malbec, Merlot y Cabernet Sauvignon.

CATAS

Las producciones finales se comparaban con los vinos que embotellaban en Mendoza, en San Juan e incluso en Salta. Se hacían degustaciones y así se conocieron las cepas de Río Negro, que eran de buena calidad. Esos experimentos duraron hasta 1991.

En 1990, cuando el ingeniero Cassino se jubiló, aquellas investigaciones le permitieron a Llorente difundir publicaciones relacionadas con el comportamiento de las variedades.

El INTA dio a conocer en 1994 los cultivares que eran aptos para Río Negro y para Neuquén (en San Patricio del Chañar, tercera etapa, de 1.600 hectáreas), ya sean uvas blancas (Sauvignon blanco y Chardonnay) como tintas (Malbec, Merlot, Pinot negro, Cabernet Sauvignon y Syrah), con un informe del plan de trabajo.

Gracias a esta información brindada por el INTA, en la región ya nadie duda de que se deben usar esas variedades.

Mientras tanto, se avanza con variedades nuevas estudiadas en una pequeña bodega que se está levantando en la EEA, para no tener que llevarlas a Mendoza.

Cada cierto tiempo Llorente recibe invitaciones para degustar vinos junto a técnicos y productores. Son cultivares todavía

desparejos, pero se notan las tendencias de calidad y en algunos años pueden ser importantes para conseguir nichos en los mercados internacionales. Algunas son cepas italianas que pueden transformarse en valiosas herramientas para colocar vinos, teniendo en cuenta que no todos toman Malbec.

LA FIESTA DE PARARRAYOS

Siempre se hablaba de la “familia INTA”, en el sentido que se compartía mucho tiempo en la Estación Experimental junto a los grupos familiares de sus integrantes. Cada tanto se realizaba una gran fiesta, a la que iban todos, tanto los empleados nuevos como los viejos, con sus esposas e hijos. En una larga noche, en medio de la comida, el baile y la música, los compañeros se hacían las habituales cargadas para desempolvar los errores del año, las cosas que se habían dicho y los papelones.

Llorente recuerda que en los primeros días de noviembre de 1965 recibió el llamado de un vitivinicultor que decía que tenía secos todos los brotes de arriba de un sector chico de parras, de 20 o 30 plantas. El enólogo no encontraba una explicación y no sabía cuál era el problema. Nunca había visto algo igual.

A los dos o tres días regresó el ingeniero Cassino y lo primero que hizo fue cortar un brote seco por la mitad con una navaja.

Esto fue un “foudre”, señaló entonces, mientras todos esperaban una revelación sobre el problema. Foudre, en francés, significa rayo: había caído un rayo en el viñedo, que quemó las parras y dejó algunas pequeñas marcas en las plantas.

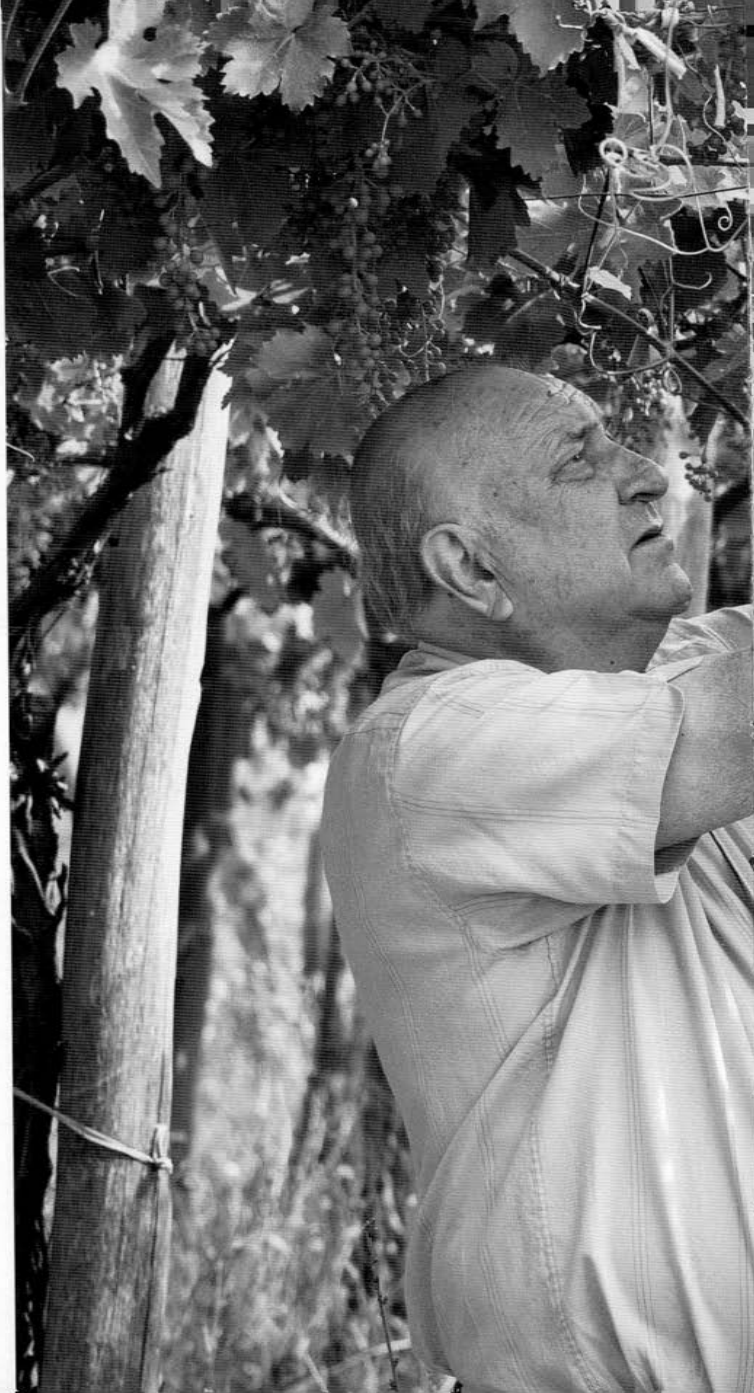
En la fiesta, con muchas cargadas de por medio, le regalaron a Llorente un pararrayos de broma. Era un palo de madera con

una antena del tipo de televisión que estaba formada por dos salchichas. Le dijeron: el rayo las va a cocinar y vos ya vas a saber qué pasó.

En 1916, el famoso Louis Ravaz, uno de los padres de la agricultura moderna y director de la Escuela Superior Agronómica de Montpellier, en una visita por las regiones argentinas, expresó su asombro y admiración por las tierras encontradas en Río Negro y Neuquén. Entonces dijo que era la zona más apta, por sus condiciones ecológicas, para la elaboración de vinos finos en la Argentina. Alcides Llorente es uno de los que contribuyó para volver realidad esa afirmación.





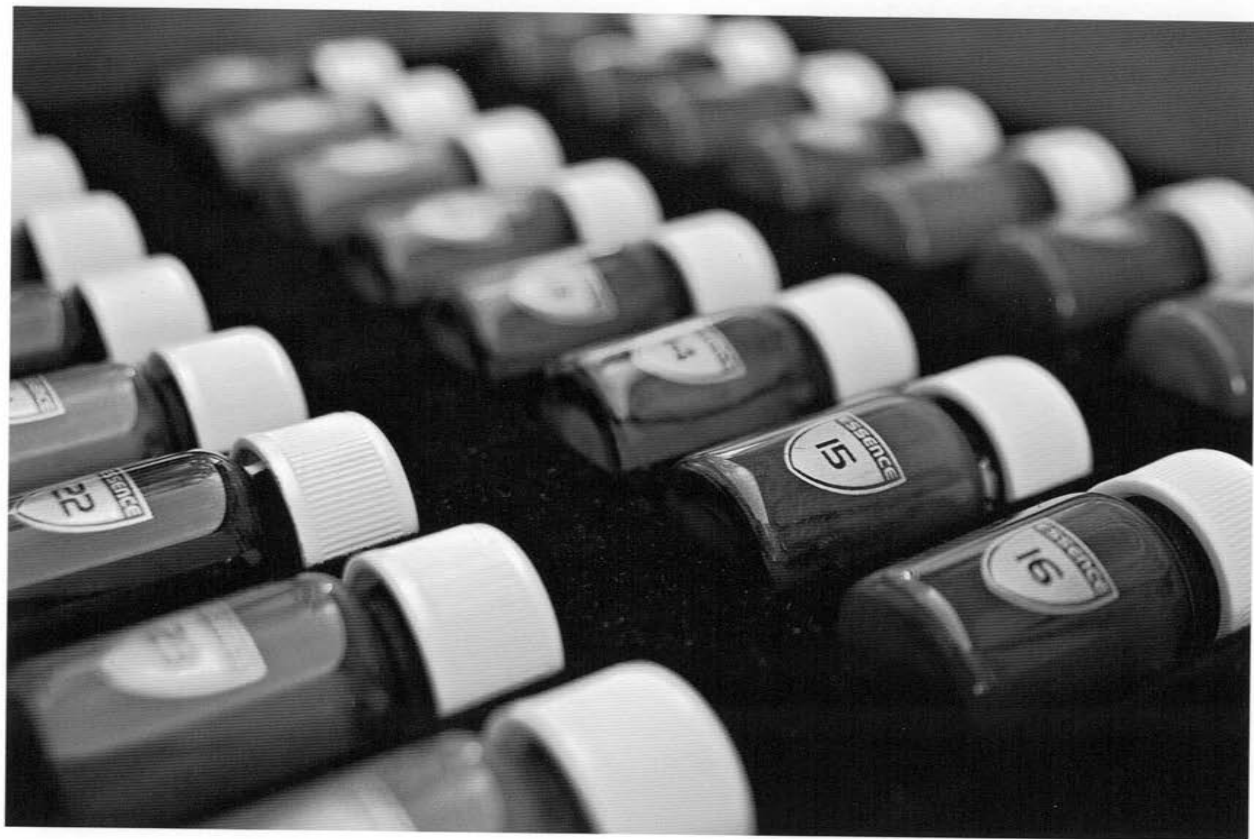






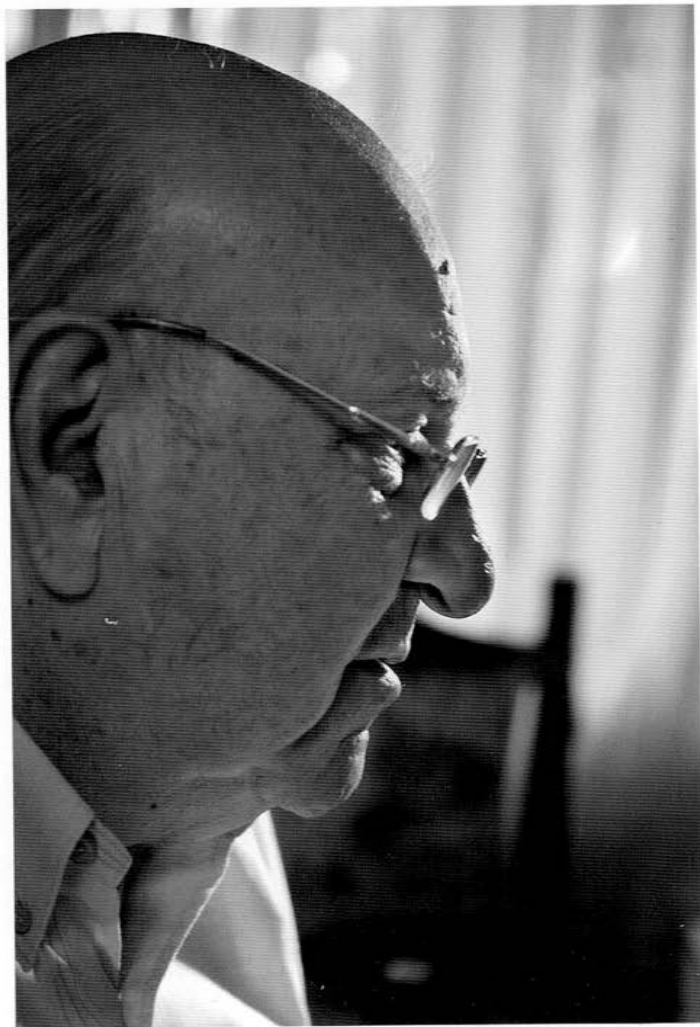




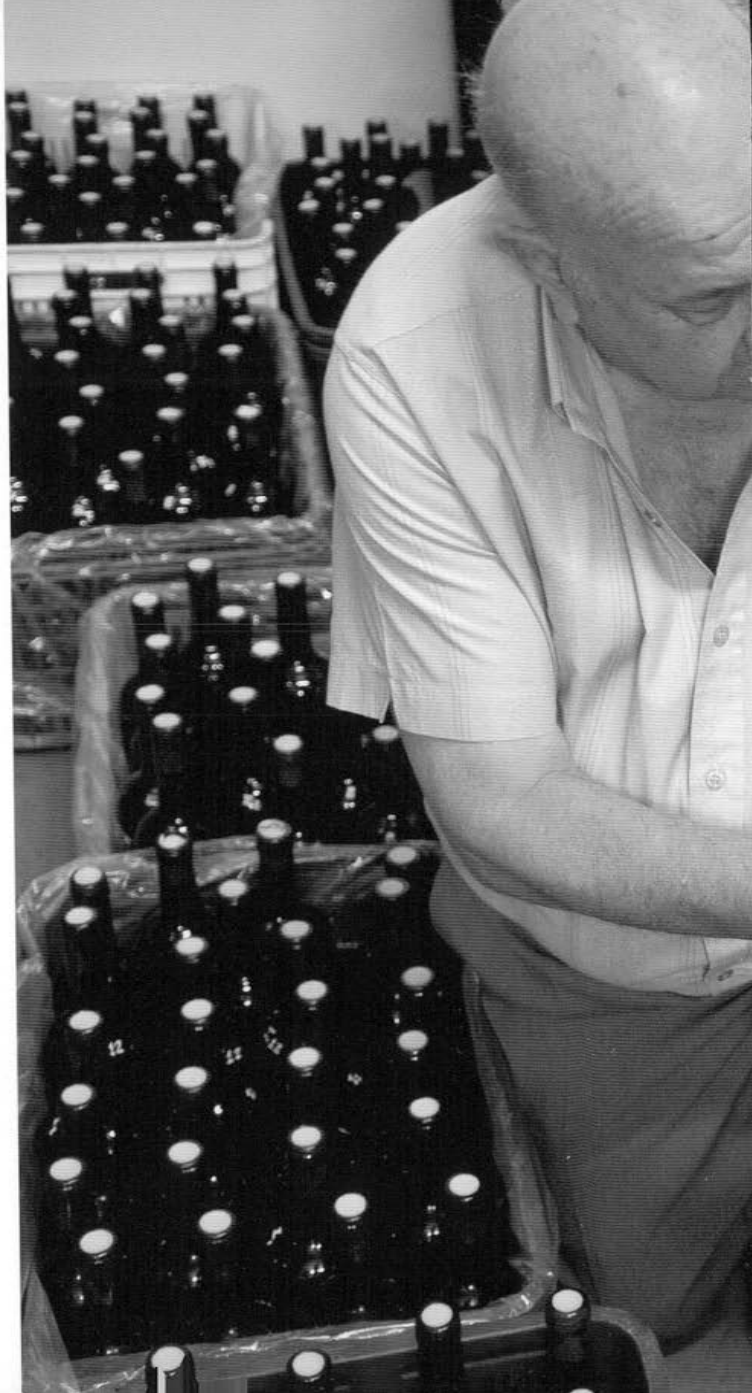
















DEMETRIO IBARRA



DEMETRIO IBARRA

LA ESCUELA DEL TRABAJO

Demetrio Ibarra ingresó al INTA Alto Valle cuando tenía 18 años, en octubre de 1964. Ya era un hombre casado y tenía una pequeña hija.

Tuvo que trabajar dos meses como operario de campo hasta comenzar su carrera como ayudante de técnico en el Área de Sanidad. Con sus primeros jefes, los ingenieros agrónomos Osvaldo González Pape y Glyndwr Morris, aprendió a trabajar en cuestiones de sanidad, a conocer las plantas y a injertar.

Los tres tenían una muy buena relación. Los técnicos, con trato amable y paciente, le hicieron entender qué buscaban y lo interesaron, en largas charlas, entre mate y mate. Le explicaron cuáles eran sus objetivos y de esa forma Ibarra sabía lo que hacía y para qué servía cada tarea en una actividad en la que todo se movía con injertos y montes más compactos.

En 1976 pidió pasar a otra sección, cuando estaba como director de la Estación Experimental el ingeniero agrónomo Delio Calvar.

Demetrio quedó entonces en el Área de Fruticultura. Empezó a interiorizarse sobre la fruticultura desde lo básico: cómo preparar la tierra, cómo plantar las semillas, cómo se deben sacar los plantines, cómo injertar, cuáles eran las variedades de pepita y de carozo, cómo preparar los pies y las formas de plantación.

ESPALDERAS

Hubo también cambios importantes en materia agronómica.

Anteriormente se trabajaba con monte libre tradicional, el cual tenía baja densidad y árboles robustos. La renovación tecnológica de la reconversión fruti-hortícola impulsó el cambio al monte de espaldera (los frutales se desarrollaban en forma plana, mediante ataduras que se colocaban como un abanico), lo cual resultaba más conveniente y generaba mayor densidad de plantas por hectárea. Las plantas entraban más temprano en producción, a los cuatro o cinco años.

Los chacareros trabajaban casi siempre con pie franco, con plantas que sólo a los siete u ocho años empezaban a dar buenas producciones, lo cual resultaba demasiado tiempo. Por eso se introdujeron nuevas variedades, clones y pies precoces en los que fueron avanzando con las espalderas, de manera que los árboles quedaban como crucificados.

En esos tiempos trabajaba con el ingeniero Castro y con Rodolfo Rodríguez, su mejor amigo.

Demetrio recuerda que los chilenos venían todas las semanas en micros para ver sus trabajos de variedades y con las espalderas. Todos los días viajaban unos 200 kilómetros hacia el valle para recorrer las plantaciones y buscar las trampas que usaban para capturar la carpocapsa, el gusano de la pera y de la manzana. Las mariposas que ponen sus huevos sobre las frutas de los manzanos y de los perales eran atraídas con extracto de malta, que se colocaba en un recipiente enlozado.

Como es un producto dulce y su olor se expande, los insectos de la principal plaga endémica de los frutales de pepita, que es resistente a muchos productos que se usan para combatirlos, caían en el recipiente y se ahogaban. Como las cantidades eran enormes, debían recogerlos con espumaderas para ser eliminados en forma definitiva.

Los montes viejos o algunas variedades antiguas ya no interesan al mercado. Por eso se introducen cultivares nuevos de alta densidad que crecen sobre las espalderas. Hay plantaciones que dan enormes cantidades de frutas con las nuevas tecnologías.

Ibarra gozaba de mucha confianza en el INTA. Recuerda que tenía la llave del portón principal del edificio y de la oficina. Entraba a las 5 de la mañana, cuando no había nadie, fichaba y recogía los elementos para ir a curar los ensayos con insecticidas.

Recuerda con especial cariño al entonces director y luego presidente del INTA, el ingeniero agrónomo Carlos Casamiquela. Contaba con el apoyo de todo el personal cuando fue designado en la dirección de la EEA.

SUMANDO CHACAREROS

El trabajo para avanzar hacia la reconversión hortícola presentó muchos altibajos. Hubo momentos en que los chacareros no querían demasiado a los técnicos y a los extensionistas.

El INTA era una escuela para los ingenieros, pero algunos se querían llevar al mundo por delante y pretendían imponer a rajatabla sus ideas.

Demetrio pensaba que no debía ser así. Creía que había que escuchar al chacarero, conversar con él, persuadirlo hasta hacerlo entrar en razón. Muchos productores no querían saber nada con el INTA. Pero después se modificó esa actitud de los profesionales para seguir adelante con un buen plan de trabajo, señala.

En el campo, los especialistas del INTA y todos los trabaja-

dores tienen la obligación de atender a cualquier persona y a explicarle los motivos de lo que hay que modificar, para que se vaya más tranquila.

En sus tiempos, cuando alguien planteaba que tenía problemas en el monte, iban a ver las plantas con los extensionistas y lo ayudaban. Así, el impacto del plan del INTA llegó a ser mucho más notable.

Los pequeños y medianos productores son una pieza importante en el entramado económico y social que no se puede abandonar. Hay que poner la mejor gente al servicio del productor, dice convencido.

Piensa que la gente ha cambiado. La de antes era más tranquila. Ahora se muestra ambiciosa, con ganas de hacer cosas. Tiene la ambición de sobresalir, de destacarse.

Nada que ver las máquinas de antes con las de ahora, relata. En otros tiempos tenían tanques de 400 litros para productos químicos, de manera que continuamente había que volver a recargar. Ahora vienen máquinas de fibra de vidrio con tres tanques que trabajan sin parar. Transportan 1.500 litros. Otras llevan hasta cuatro tanques de 500 litros cada uno, enganchados a una camioneta.

UN TROPEZÓN NO ES CAÍDA

Ibarra sufrió una seria lesión en los meniscos y ligamentos cruzados cuando cayó desde cuatro metros de altura, de una escalera que se abrió sorpresivamente, y su pierna golpeó contra el tronco de un árbol. El accidente lo dejó trece meses inactivo.

Cuando volvió encontró que había cambiado mucho el fun-

cionamiento de la Estación Experimental. Sin embargo, seis meses después le ofrecieron volver al sector de Sanidad Vegetal, en el que había comenzado alguna vez, donde aprendió otras modalidades de trabajo, con nuevas tecnologías, hasta su jubilación, en 2010.

Reconoce que sufrió mucho cuando dejó en forma definitiva sus tareas.

Para Ibarra, un trabajador nacido en Allen, que trabajó durante cuarenta y tres años en el INTA, siente que esa es su segunda casa.









Ministerio de Agricultura,
Ganadería y Pesca
Presidencia de la Nación

ISBN 978-987-679-257-8

FORJADORES DEL INTA

TOMO VII



Ministerio de Agricultura,
Ganadería y Pesca
Presidencia de la Nación

AUTORIDADES

Presidenta de la Nación Argentina

Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Agricultura, Ganadería y Pesca

Norberto Yauhar

Presidente del INTA

Carlos Casamiquela

Vicepresidente del INTA

Francisco Anglesio

Director Nacional

Eliseo Monti

Vocales

Bruno Quintana

Alejandro Lahitte

Horacio Alippe

Aldo Paredes

Elbio Laucirica

Daniel Garello

Oscar Arellano

Eduardo Baroni

AGRADECIMIENTOS

El INTA quiere expresar su profundo agradecimiento al personal técnico y administrativo de los centros regionales involucrados en esta segunda entrega de la serie "Forjadores del INTA" quienes con su tiempo y colaboración hicieron posible la realización de esta publicación. También agradecer muy especialmente a Gabriel Delgado, Gabriel Parellada y Daniel Miquet por el apoyo brindado en la coordinación de todo el trabajo.

CRÉDITOS

*Idea, dirección de arte
y producción general:*

Ediciones Las Eme

Textos:

Luis Alberto Peña

Fotografías:

Pablo Lasansky

Redacción de títulos:

Maitena Minella

Diseño y maquetación:

Jorge Bittleston

Asistentes de Producción:

Florencia Bittleston y
Laura Parellada

Bicromía:

Ricardo Farías

Corrección de textos:

Carmen Cáceres

Impresión:

Casano Gráfica S.A.

FORJADORES DEL INTA

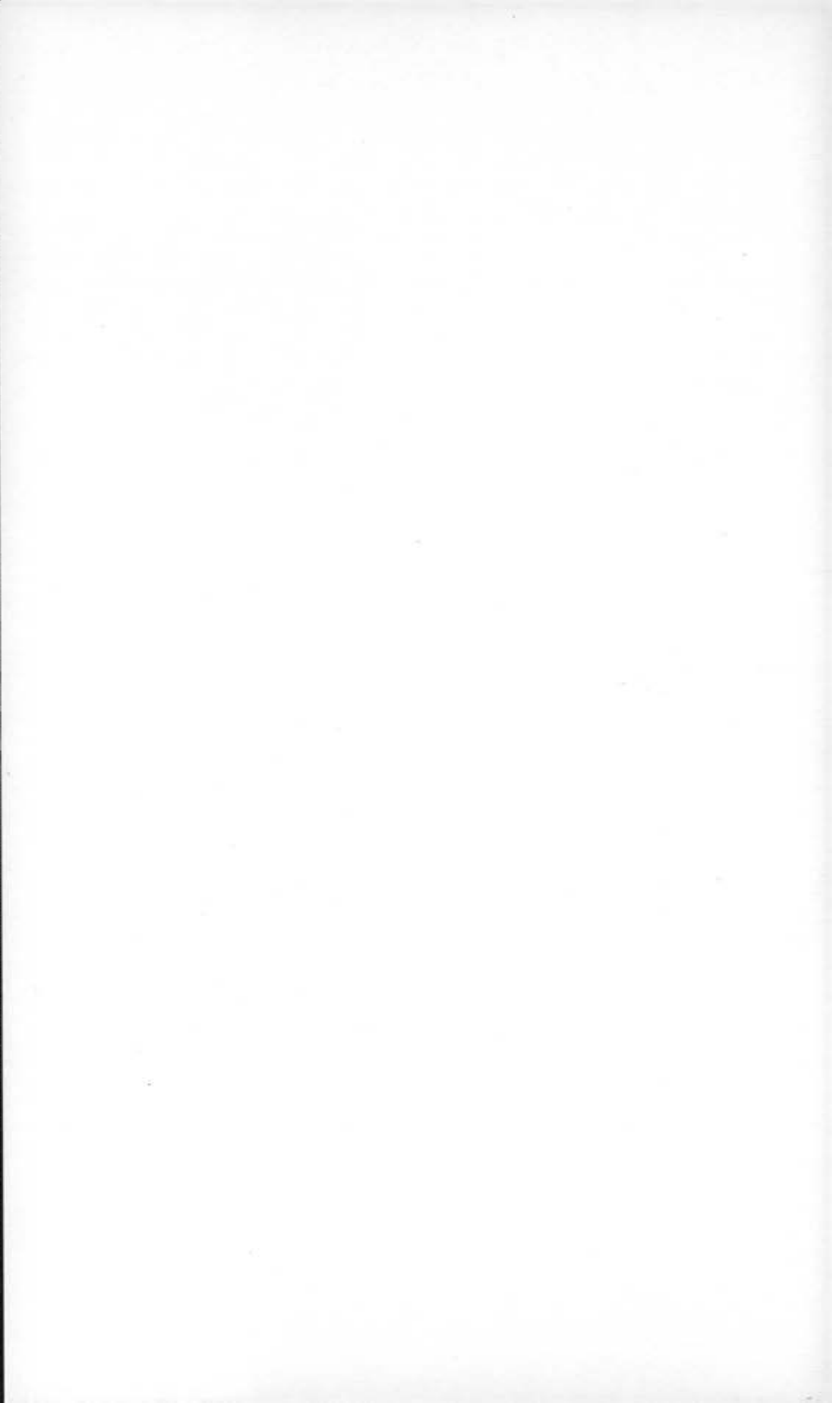
BALCARCE, PROVINCIA DE BUENOS AIRES

CERRILLOS, PROVINCIA DE SALTA



GERARDO EUGENIO HÄBICH







GERARDO EUGENIO HÄBICH

FORJADORES ERAN LOS DE ANTES...

El doctor Gerardo Eugenio Häbich se considera el privilegiado miembro de un Instituto que hizo grandes cosas. Después de trabajar veinte años en el INTA, entre 1966 y 1986, cree, con sencillez, que el término "forjador" le cabe a un grupo muy reducido e inicial de grandes hombres que fueron, en sus palabras, los padres fundadores que impulsaron el surgimiento del INTA en 1956. Quienes vinieron después, como Häbich, les deben la estructura y el modelo que siguieron construyendo y que aún permanece vigente.

Hay nombres que son ineludibles, reafirma. Al margen de la autoridad política del INTA, la conducción técnica estaba asentada en la Dirección Nacional que fue clave en aquel entonces y que estuvo integrada por visionarios, como el ingeniero agrónomo Ubaldo García, el primer Director Nacional.

Quienes los siguieron les deben el haber podido desarrollar sus capacidades técnicas con la infraestructura que habían montado y con sus recursos humanos. En la conformación inicial fueron secundados por Directores Nacionales Asistentes, que estaban divididos en grandes áreas: de Investigaciones Agrícolas, el ingeniero García; de Investigaciones Ganaderas, el doctor José María Quevedo; y de Extensión, el ingeniero agrónomo Norberto Reichart, además de los responsables de Programación y Evaluación y de Administración.

Otras figuras a destacar fueron los ingenieros agrónomos Augusto L. Durlach, Alfonso P. Castronovo y Ángel Marzocca.

VOLVER AL FUTURO (CON JÓVENES)

Estos forjadores fueron acompañados por la primera generación de Directores de Estaciones Experimentales Agropecuarias en dos niveles: las EERAs (Regionales) y las EEAs, que dependían de las primeras. Esto se complementaba con el Centro Nacional de Investigaciones Agropecuarias, de Castelar, que disponía de una rama agronómica y otra veterinaria.

El doctor Häbich cree que ese núcleo de origen debe ser valorado, en primer lugar, por su visión y por su acierto al crear una masa crítica de profesionales bien formados. En segundo lugar, por su calidad humana y por su generosidad.

Para capacitarlos, becaron a gran cantidad de técnicos para realizar maestrías en el exterior. En la primera oleada fueron a los Estados Unidos, a Francia y a otros lugares de Europa.

Después, a dos núcleos de habla hispana: al Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA), en Costa Rica, y al Instituto Nacional de Investigación Agropecuaria (INIA), en Uruguay. Muchos viajaron más de una vez para hacer doctorados. En el caso del doctor Häbich, que fue al Reino Unido, hizo directamente el doctorado.

De esta manera se formó una institución agrotécnica de primer nivel en materia de recursos humanos. Gerardo recuerda que, con generosidad, los Directores Nacionales dieron a los jóvenes que ingresaban una enorme libertad de acción. Los dejaron hacer, proponer, ejecutar, crear departamentos y unidades y elaborar proyectos de investigación. Les permitieron actuar e imaginar un futuro mejor. Y ese INTA, pondera, floreció como una explosión.

COLECCIÓN DE CAPACIDAD TÉCNICA

No sólo se estableció una organización con formidable capacidad para generar tecnología y para transferir la información a través de las actividades de extensión, sino que se convirtió en algo que no muchas veces se tiene en cuenta: en un repositorio o archivo fantástico de capacidad técnica instalada. Porque esos técnicos jóvenes y bien formados podían crear y desarrollar tecnologías, pero además estaban capacitados para servir de consultores. Cualquier organismo que necesitaba asesoramiento técnico tenía adónde ir: en el INTA estaba el conocimiento. Para Hábich es una función trascendental que muchas veces pasa desapercibida frente a la tarea más visible de creación y transferencia de tecnología. El conocimiento tecnológico estaba en ese depósito o repositorio y cumplía una función clave. De esa información se nutrieron otros organismos, como las universidades, los ministerios equivalentes de las provincias y, en el sector privado, entidades como los grupos CREA.

Un sistema organizado de conocimiento, desarrollo y transferencia de información tecnológica empezó a articularse realmente alrededor del INTA. Una cosa enorme, asegura.

En el vigoroso esfuerzo por desarrollar los recursos humanos posiblemente reside el secreto del éxito, la permanencia y el crecimiento del INTA.

NI HORARIOS, NI LIMITACIONES

En el desarrollo del INTA tuvieron vital importancia los proyectos estructurados junto a la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), que manejaba planes de desarrollo agropecuario en todo el mundo.

Los técnicos más advertidos del INTA tuvieron la fuerte intuición de que era conveniente apresurarse a elegir proyectos, presentarlos y aprovecharlos a fondo.

Gerardo ingresó al INTA en Concepción del Uruguay, en la provincia de Entre Ríos, justamente en un proyecto de la FAO. Después trabajó en Cerrillos, en la provincia Salta, en otro plan de las Naciones Unidas para desarrollar la Unidad de Investigación de Sanidad Animal (URISA) para todo el NOA.

Algunos aprovecharon a la FAO más que otros, tuvieron más iniciativas para encontrar proyectos que les permitieran utilizar esa buena fuente de recursos, tanto físicos como humanos, porque se podían elegir expertos en alguna actividad específica y traerlos a la Argentina.

Como derivación de esa estrategia en aquella época se hablaba de “la mística del INTA”. Para el doctor Hábich el trabajo en el organismo agrotécnico era un sacerdocio.

Antes nadie medía el esfuerzo: el esfuerzo era la norma. Nada de horarios, ni de limitaciones. Los técnicos tenían dedicación exclusiva rigurosa. Se trabajaba de lunes a sábado, hasta el mediodía.

Los vehículos no tenían radio, un lujo que parecía excesivo, aunque varios estaban en desacuerdo. Mucho menos aire acondicionado o calefacción, salvo en las zonas heladas de la Patagonia.

Esa mística se impuso y se mantuvo en el tiempo convirtiéndose en un modelo que afianza el compromiso personal con la institución. Hábich rescata la palabra “mística” porque cree que ha estado arraigada en la cultura institucional del INTA y ha pasado de generación en generación.

ENREDOS DEL PASADO

Gerardo relata, con una sonrisa divertida, que su vida tuvo un desarrollo particular. Sus padres eran inmigrantes (padre alemán y madre austríaca) y se conocieron en la Argentina. Su padre trabajaba en la construcción del camino de San Juan a Calingasta.

Terminado ese trabajo, compró una pequeña finca en Calingasta para iniciar los cultivos de manzanas. De ahí pasó a Bariloche, siempre haciendo caminos.

Gerardo nació en Buenos Aires, en 1938, cuando su padre trabajaba en una obra en Uruguay. Pero su alma trashumante lo decidió volver a Alemania, en 1939, sin advertir lo que se avecinaba, y la familia tuvo que soportar en Europa con tremenda angustia la Segunda Guerra Mundial y la posguerra.

Cuando tenía diez años su familia se trasladó a las Islas Canarias y luego volvió a la Argentina, donde debió aprender el idioma español. Su padre se reinició en las grandes obras, como la construcción de la Usina de Mar del Plata, frente al puerto.

Gerardo estaba en segundo año de bachillerato cuando su padre falleció en un accidente que le enredó su vida. Ingresó entonces a la Escuela Agrotécnica de Casilda, en la provincia de Santa Fe, de la que salieron numerosos auxiliares técnicos que se desempeñaron en el INTA.

OTRAS CATEGORÍAS

Cuando egresó se fue a trabajar a la estancia de Don Alfredo Fortabat, donde aprendió a no tener horarios. Arrancaba a las

4 de la mañana, pasaba por el escritorio y salía a caballo con los trabajadores de campo. Eran largas cabalgatas de diez horas y en algún momento comía algo en el campo. Esas experiencias le iban a servir en el noreste argentino un poco más tarde.

En esos tiempos se interesaba por hacer algo más que manejar la hacienda en los potreros, de modo que decidió viajar a Buenos Aires, donde trabajó en el laboratorio de una tintorería textil que le permitía un ingreso fijo y mantenerse.

Como tenía dos años de bachillerato y no le aceptaban el título secundario agrotécnico de Casilda, rindió libre los tres años que le quedaban para recibirse de bachiller y poder entrar a la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Buenos Aires, en marzo de 1961. Allí ganó un concurso de ayudante de cátedra rentado, que mantuvo durante su carrera, para comprar libros y costear sus gastos. Se recibió de médico veterinario en diciembre de 1965 con un promedio de 9,80 puntos.

Recuerda que empató en el puntaje para la medalla de oro con Enrique Rosen, un investigador que trabajó con el doctor Luis Federico Leloir.

Gerardo siguió trabajando un corto tiempo en la Facultad, ya orientado a la reproducción ganadera, hasta que a los pocos meses, en La Pampa, le sucedieron dos episodios que torcerían su historia.

Primero, se encontró a un ex compañero que había ingresado al INTA Balcarce y habló maravillas del empuje de esa EEA. Estaba absolutamente fascinado con el INTA.

Segundo, escuchó una disertación sobre ovinos del técnico Alberto Bublath, también del INTA Balcarce, que le pareció de primer nivel, de otra categoría.

ASÍ EMPEZÓ

Una vez más, se había tentado. Ahí apareció, evoca, la apertura mental y la generosidad de los padres fundadores, porque se reunió con el doctor José María Quevedo, Director Nacional Asistente de Investigaciones Ganaderas, para contarle que le interesaba ingresar al INTA. Cuando le señaló que trabajaba en reproducción de hacienda, Quevedo le propuso un cargo en la EEA Concepción del Uruguay (Entre Ríos), en un proyecto junto a la FAO para fomentar el desarrollo ganadero en la Mesopotamia, que duró desde 1964 hasta 1971.

Entró al INTA en 1966 y su llegada a Entre Ríos resultó complicada, porque estaban interrumpidos todos los caminos por inundaciones. Debí navegar por el río Uruguay en el famoso “Vapor de la Carrera”.

Estuvo dos años en Concepción del Uruguay, una experiencia que lo satisfizo. El experto de la FAO era el ingeniero agrónomo Harry Hutchinson, al que menciona como un hombre fantástico y una persona deliciosa.

La EEA encaraba ensayos de envergadura. Uno se realizaba en un campo en Corrientes, cerca de Mercedes, con 1000 vacas en 30.000 hectáreas. Cuando Gerardo llegó, el experto de la FAO estaba de vacaciones y le tocó controlar las investigaciones en Mercedes y cerca de La Paz (Entre Ríos). Lo llevaron en una avioneta y lo dejaron ahí. Diez días más tarde volvieron a buscarlo.

La situación en el campo de Mercedes era complicada. Habían calculado mal la carga de animales por lo que había demasiada hacienda en los potreros, las vacas se quedaban sin pasto y morían. Eran necesarias urgentes decisiones y le tocó

al doctor Häbich tomarlas. Cuando regresó, el ingeniero Hutchinson reconoció el acierto de sus medidas. Así empezó.

VENÉREAS

De ahí surgió una línea de trabajo que siguió durante varios años con el ingeniero agrónomo Guillermo Schiersmann, con quien trabajó luego en Balcarce. Hutchinson había identificado la nutrición insuficiente en la hacienda y eso hacía que muchas vacas no volvieran a preñarse. Era una de las grandes causas, como pudieron comprobar después, de que en la Argentina las vacas tuvieran, en promedio, apenas un ternero cada dos años. El otro gran motivo eran las enfermedades venéreas, que fueron diagnosticadas en Balcarce.

Juntos, Concepción del Uruguay y Balcarce encontraron soluciones para esos dos grandes factores limitantes de la cría bovina. Las venéreas se fueron eliminando con estudios en los toros. Sin embargo, mejorar la nutrición en Entre Ríos, sobre todo en invierno, llevó más tiempo. Era una práctica más difícil: no había mucho convencimiento y a veces no estaban dadas las condiciones económicas. De todas formas se avanzó en esa línea y se profundizó en la fisiología básica.

En ese momento comenzó otra etapa para Gerardo. Luego de dos años en Concepción del Uruguay, en 1968 consiguió una beca para hacer un doctorado en la Universidad de Reading, en Inglaterra, sobre endocrinología reproductiva de las vacas, para comprender qué sucedía a nivel de fisiología básica en las cuestiones vinculadas a la nutrición y su relación con la fertilidad. En esos claustros no tenían demasiada experiencia con sudamericanos y las pocas que habían exis-

tido no fueron buenas, de modo que lo pusieron duramente a prueba hasta admitirlo. Häbich pasó y obtuvo su doctorado en investigación.

SIEMPRE, LAS MUJERES

El doctor Häbich destaca la importancia que tuvieron en el proceso histórico dos clases de mujeres relacionadas al INTA: las esposas de los técnicos y las profesionales.

En el trabajo de Corrientes -donde abundaban gauchos de polainas de lona, estribando entre los dedos y con espuelas en el talón sin alpargatas -trabajaba la ingeniera Kraemer, una misionera que, evoca, se bancaba esa realidad a la par de todos los hombres y realizaba investigaciones en el campo sin ningún problema. Ahora crece la participación femenina hasta el nivel de la toma de decisiones, pero en aquella época eran mujeres de vanguardia. También había ingenieras agrónomas que investigaban las pasturas en el campo.

Gerardo se casó en diciembre de 1966 con Marta Susana Mendizábal. Poco después debió pasar la mitad del mes perdido en algún campo, adonde lo largaban desde una avioneta para que viese los ensayos y de donde lo rescataban unos días más tarde, si no llovía demasiado y el tiempo lo permitía. Mientras tanto, su esposa Marta permanecía en su casa soportando sus largas ausencias. Hasta dentro de dos semanas, se despedían.

En 1968 nació su hija. Viajó solo a Inglaterra y después fue Marta con la pequeña de cuatro meses. Había un acompañamiento inquebrantable de las esposas de los técnicos del INTA. Era notable el apoyo a sus maridos, que estaban metidos a fondo y sin distracciones en el trabajo.

La mitad del tiempo Gerardo ni siquiera podía ser localizado ya que no había radio ni teléfonos, en medio de grandes calores o duras heladas en el campo.

COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Se suponía que al volver de Inglaterra, en 1971, iba a reintegrarse a la EEA Concepción del Uruguay para armar un equipo con otros profesionales, como el doctor Héctor Salamanco, que estaba en el EEA Bariloche, y el ingeniero agrónomo Ricardo Alberio, de la EEA Anguil, en la provincia de La Pampa.

Sin embargo, no lo abandonaba la idea de organizar una estructura más trascendental en reproducción animal. Había visto en Balcarce que el Departamento de Producción Animal contaba con varias disciplinas, pero no trabajaba en reproducción o en su manejo fisiológico, salvo en lo relacionado con las enfermedades venéreas. Le dijo al Director de la EEA Concepción del Uruguay, ingeniero agrónomo Manuel Antonio Gondell, que rendirían más si formaban aquel equipo en Balcarce en vez de en Entre Ríos.

El viraje fue veloz porque conocían a los técnicos de Producción Animal y estaban interesados en que se instalara en la provincia de Buenos Aires. Pero tuvo que convencer al Consejo Directivo del INTA, que inicialmente se opuso y luego aceptó.

Se le unieron el doctor Salamanco y los ingenieros Alberio y Guillermo Schiersmann (quien ya estaba en esa EEA). A esa base de cuatro técnicos se sumaron recursos humanos adicionales para manejar el Programa de Reproducción Animal.

Una relación fluida de cooperación entre Francia y el INTA le permitió conseguir más mano de obra calificada. Gerar-

do tenía relaciones con el Instituto Nacional de Investigación Agronómica de Francia (INRA, la sigla en francés), una institución que sostiene varias estaciones experimentales, una de ellas dedicada a la fisiología de la reproducción animal, en Nouzilly, Tours. De esta forma consiguieron al técnico francés Michel Petit, con un arreglo especial: en vez de cumplir con el servicio militar, los jóvenes profesionales franceses podían optar por trabajar durante dos años en algún lugar del mundo.

Se anudó además un convenio con un grupo de investigación médica de San Miguel, el Instituto Latinoamericano de Fisiología de la Reproducción (ILAFIR), dependiente de la Universidad del Salvador (Buenos Aires), que manejaba métodos radio inmunológicos de medición de hormonas. Ya tenían los estudios hechos, de manera que el INTA podía gastar menos recursos y tiempo, sin duplicar las investigaciones para conseguir datos.

REDES

La construcción de redes formadas por profesionales e instituciones que se afianzan con el tiempo fue otro avance importante en la vida del INTA para asegurar contactos a nivel nacional e internacional. Por ejemplo, con el INRA de Francia y con la Industria Química Imperial (ICI), un consorcio químico del Reino Unido.

Esta compañía británica producía una hormona artificial (Prostaglandina F2 alfa), que en la actualidad es común y se comercia. La idea era sincronizar celos y lograr que las vacas volvieran a preñarse rápidamente luego del parto. Había un tiempo normal de cuarenta días posparto en el que no se preñaban, llamado “anestro”, porque no entraban en celo. Si sufrían nutrición insuficiente, ese tiempo se prolongaba.

Balcarce encaró una línea de trabajo sobre cruzamiento con todas las razas bovinas que tenía a mano. No había toros para realizar cruzamientos masivos a campo, de manera que avanzaron con inseminación artificial. Esto funcionó bien con la hacienda lechera, con la que se hicieron enormes progresos, porque los técnicos estaban en contacto diario con las vacas, por lo que podían detectar cuando estaban en celo y las inseminaban. Además, mejoró en los tambos la conservación de semen congelado. Pero con la hacienda de carne era distinto. Aplicaron entonces una técnica, que aún se sigue utilizando, consistente en sincronizar hormonalmente los celos. Casi todas las vacas entraban en celo en un plazo de entre doce y veinticuatro horas con la Prostaglandina F2 alfa que les facilitaba la empresa británica ICI.

Una anécdota recrea el panorama en época de escasez financiera. Los ingleses de ICI llegaron en un momento de malos sueldos en el INTA. Cuando les contaron que los técnicos ganaban ochenta dólares, se asombraron. Les parecía muy poco para un ingreso supuestamente semanal. Tuvieron que aclararles que era por mes, no por semana. Otro ejemplo de buenas relaciones internacionales fue con el Laboratorio ELEA, que fabricaba productos para uso humano, en especial una hormona que se obtenía de sueros de yeguas preñadas. ELEA le había donado a Häbich materiales para sus estudios en Inglaterra.

Mediante estos acuerdos el INTA no estaba solo: disponía de una red de colaboración y de intercambio que iba desde favores de amigos a contratos formales de cooperación que posibilitaban el eficiente uso de los medios disponibles para captar recursos de otros lados y evitar así la duplicación de esfuerzos.

Balcarce tenía en ese momento la primera maestría del país en Producción Animal. Se habían logrado dos cosas trascen-

dentales dentro de la Experimental. Una era el traslado, en 1962, de la Facultad de Ciencias Agrarias de Mar del Plata a un predio cedido en Balcarce. La otra fue el programa de maestría, mediante un convenio con la Organización de Estados Americanos (OEA) y las Universidades de Mar del Plata (UNMdP) y de Buenos Aires (UBA). La maestría tenía dos sedes: una en Castelar, donde se dictaban tres Programas (de Economía Agraria, de Extensión y de Producción Vegetal), y otra en Balcarce, de Producción Animal, en la que el doctor Hábich fue profesor y coordinador.

ALLÁ VA

La vida de Gerardo tendría entonces un nuevo viraje. Desde el INTA lo tentaron a fines de 1976 para hacerse cargo de un proyecto de Sanidad Animal para el NOA en la provincia de Salta. En enero de 1977, allí se instaló.

Desde Balcarce, los doctores Bernardo Carrillo y Adolfo Casaro -quienes conducían la Unidad de Patología Animal dentro del Programa de Producción Animal- idearon el lanzamiento de los proyectos de Unidades de Investigación en Sanidad Animal.

La primera Unidad Regional de Investigación en Sanidad Animal (URISA-NOA) se puso en marcha en la Estación Experimental Agropecuaria Salta, en Cerrillos, y le tocó a Gerardo armarla. Era un proyecto realizado junto a la FAO. El Codirector por las Naciones Unidas era el técnico australiano David Broadbent.

En Balcarce, mientras tanto, la estructura que había impulsado sobre reproducción animal siguió funcionando a cargo del ingeniero Alberio.

Ahora Gerardo confiesa que el traslado a Salta fue la primera de una serie de actividades en las que encontró una nueva vocación: descubrió que le entusiasmaba organizar equipos, grupos y sistemas de trabajo. Le gustaba y no lo hacía mal.

Además quería que se definiera con precisión el rol del INTA, que estaba demasiado librado a iniciativas personales. Principalmente lo correspondiente al Servicio de Luchas Sanitarias (SELSA), que a su juicio tenía que ocuparse de enfermedades que eran de origen epizootico, con campañas de tipo regional y a escala nacional para atacar los problemas, ya que no servía combatirlos al nivel de los predios.

Había también otras enfermedades que no debían ser atacadas en forma general, sino que correspondía ocuparse caso por caso, que era la tarea del INTA con apoyo de las URISAs a productores y a profesionales veterinarios de la actividad privada.

1983

Esa tarea debía desarrollarse siguiendo tres pasos: 1) ayudar con los diagnósticos, que se venían haciendo en Balcarce; 2) actualizar la información y capacitar a los interesados para facilitarles la tarea y ayudarlos a ser más eficientes en el campo; y 3) educar a la población.

En el caso de la brucelosis, los objetivos se extendieron a los médicos porque los veterinarios tenían mejores conocimientos en materia epidemiológica y de diagnósticos de laboratorio. Con la ayuda de los expertos de la FAO montaron un Laboratorio de Serología, dotado con técnicas para el diagnóstico de la brucelosis, y lo pusieron a disposición de los médicos, a quienes capacitaron

El otro objetivo de la URISA era caracterizar realmente cuál era la distribución de enfermedades que afectaban a la producción. Crearon un Laboratorio de Parasitología con dos componentes: uno de endoparásitos (internos) y otro de ectoparásitos (externos). Este laboratorio fue uno de los bastiones en el combate contra las garrapatas que desde el centro hasta al norte de la Argentina producían enormes daños y transmitían enfermedades. Tuvieron apoyo de un experto israelí de la FAO y del médico veterinario argentino Alberto Guglielmono. Se trabajó en métodos para prevenir las enfermedades que se transmitían a través de las garrapatas, además de conocer su etiología, y fueron descubiertas nuevas especies de esos parásitos externos hematófagos.

El ingeniero agrónomo Ernesto Späth enfocó la cuestión de la epidemiología junto a un experto inglés y armó una primera computadora, muy sencilla, para reunir la información. A la conformación de un grupo sólido y bien equipado se sumaron los becarios de iniciación del INTA, cuyas becas se renovaban año a año. "Becarios de barba blanca", los llamaba el ingeniero agrónomo Carlos López Saubidet otro gran forjador quien tuvo una activa participación en la creación del INTA al integrar la Comisión Redactora de la Ley y fue además un destacado profesional en la EEA Balcarce y presidente del INTA en el momento de la recuperación de la democracia, en 1983.

LA MÍSTICA DEL INTA

Otro aspecto de la URISA-NOA fue el uso de técnicas serológicas para identificar enfermedades. Esto representaba una estrategia para conocer la distribución y abundancia de las enfermedades, para lo cual se hicieron registros varias veces al año

en distintos campos con el objetivo de detectar endoparásitos y ectoparásitos. En esa línea realizaron muestras de todos los tambos del NOA (Salta, Jujuy, Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca) para detectar casos de brucelosis y de tuberculosis.

Además desarrollaron grandes muestreos de la población caprina porque la brucelosis era un problema importante hasta para los pobladores, como una leyenda negra. Llevaron al Chaco salteño a médicos y a veterinarios de la provincia para detectar casos de brucelosis caprina, y allí aislaron brucelas en las cabras, en los niños y en la población en general.

Gerardo logró que el Regimiento de Salta le permitiera sacar sangre a los conscriptos para mapear los positivos a brucelosis. En todos los casos los focos de los animales coincidieron con los de la población humana.

Para poder moverse sin problemas, armó su propio taller para los vehículos de la URISA-NOA, porque el que tenía la EEA Cerrillos no lo conformaba. Compraron herramientas para el taller con una parte de los viáticos que debían cobrar, incluso del personal auxiliar, quienes aportaron de buena voluntad porque no fue una imposición autoritaria. Fue otro caso de "la mística" del INTA.

En el marco del programa con las Naciones Unidas recibieron dos viejos autos Peugeot 404, que ya no servían para andar. De alguna forma, Gerardo logró que la FAO los cambiara por tres camionetas F-100 nuevas.

"NO HAY PRESUPUESTO"

Para el doctor Häbich no existía la expresión "no hay presupuesto". Si no hay plata, de alguna forma se fabrica, tenemos

que encontrarle la vuelta, decía. Habían detectado que hacia fin de año desde el INTA Central recomendaban gastar hasta agotar las partidas presupuestarias, de manera que se apresuraban a comprar materiales no perecederos para los laboratorios hasta cubrir las necesidades de un par de años. Para evitar desapariciones, construyeron un entrepiso en el galpón fitotécnico, que fue cerrado con rejas. Le decían “la cárcel del pueblo” y servía para acopiar con seguridad el stock de productos no perecederos que se habían adquirido anticipadamente.

Los productos perecederos de uso más corriente eran comprados con fondos de la FAO y nunca faltaba nada. De esta forma, la URISA-NOA no paró ni un solo día. Algunas tareas especiales no se podían detener jamás, por lo que no había sábados ni domingos libres. Se organizaban turnos de guardia, incluso para los feriados, aunque nadie pedía cobrar horas extras. Gerardo asegura que cuando se logra integrar un equipo de gente comprometida y entusiasmada se conforma una fuerza imparable.

Cuando realizaban relevamientos de cabras en Morillo, un pueblo salteño muy pobre, vivían en un inmueble al que le decían “hotel” pero que en realidad se trataba de una casa “chorizo” con cuatro habitaciones. El intendente le cedió a una investigadora su propia casa como cortesía. Lo primero que encontró fue una vinchuca, la puso en el microscopio y estaba totalmente cargada de Chagas. La gente del chacosalteño tenía todas las plagas, cuenta Häbich. Había que dejar la luz prendida para espantar a los insectos, eso si funcionaba el grupo electrógeno.

El calor era insoportable, 45° a la sombra. No se podía trabajar en el verano, no sólo por las elevadas temperaturas sino también por las copiosas lluvias que volvían intransitables los

accesos. Los operativos empezaban en abril y usaban baqueanos para esquivar los lugares peligrosos.

A MANO

Gerardo Häbich empezó a alejarse de esa estructura en 1984, momento en que se reordenaba el INTA, con el retorno de la democracia. La URISA-NOA quedó en manos del ingeniero agrónomo Späth, y después fue trasladada a Rafaela, provincia de Santa Fe. Gerardo fue incorporado a la Comisión de Estudios para la Fijación de Prioridades (CEFIP) y en 1985 pasaba toda la semana en Buenos Aires porque había quedado a cargo de la Dirección Nacional Asistente de Programación y Evaluación. Volvía a su casa en Salta los fines de semana.

Esa tarea le permitió analizar qué estaba haciendo el INTA y qué planes de trabajo se habían organizado. Todo se hacía a mano, sin computadoras, para determinar dónde iban los recursos del INTA, en qué se estaba trabajando, dónde había más o menos gente. Ese era el insumo básico para ver cómo estaban los programas, qué hacían y qué tenían que hacer. El Consejo Directivo del INTA quedó muy conforme con el estudio.

Mientras tanto, en Balcarce, Gerardo coordinaba el programa de maestría y se desempeñaba en la Asociación Argentina de Producción Animal (AAPA), que era un espacio que surgía de Balcarce.

FIN

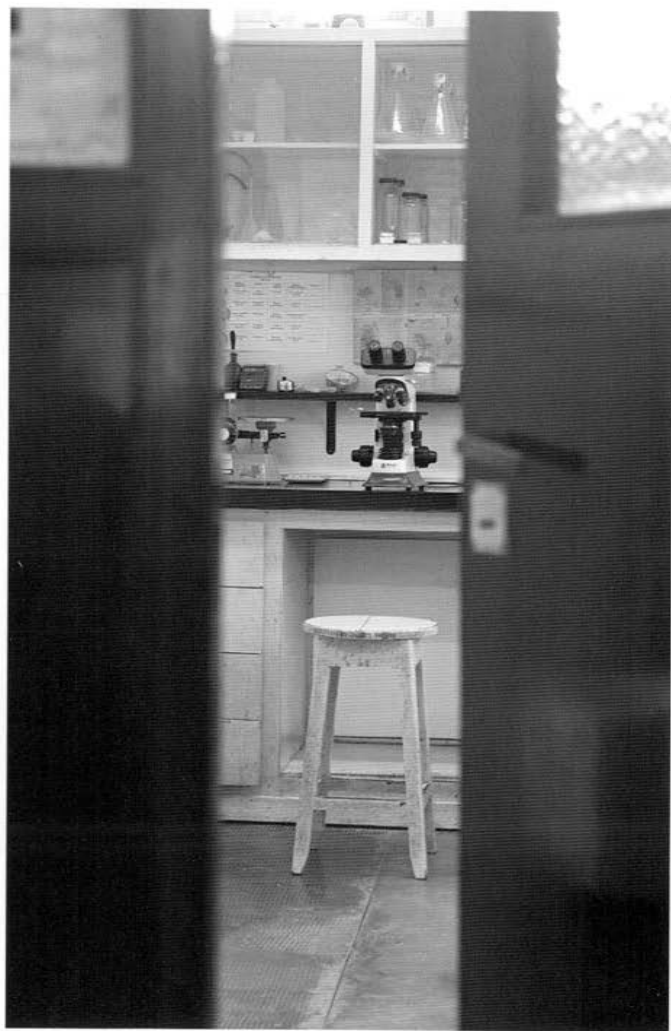
Cuando esa misión finalizó, desde el INTA querían que se trasladara a Buenos Aires. Gerardo siguió avanzando y ganó

un concurso en el Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT), en Cali, Colombia, para cubrir el cargo de Director de un centro de capacitación e investigación, con candidatos a títulos de posgrado de universidades internacionales. En 1985, el CIAT integraba un grupo de trece instituciones que pertenecían al Grupo Consultivo para la Investigación Agrícola Internacional (CGIAR, en inglés).

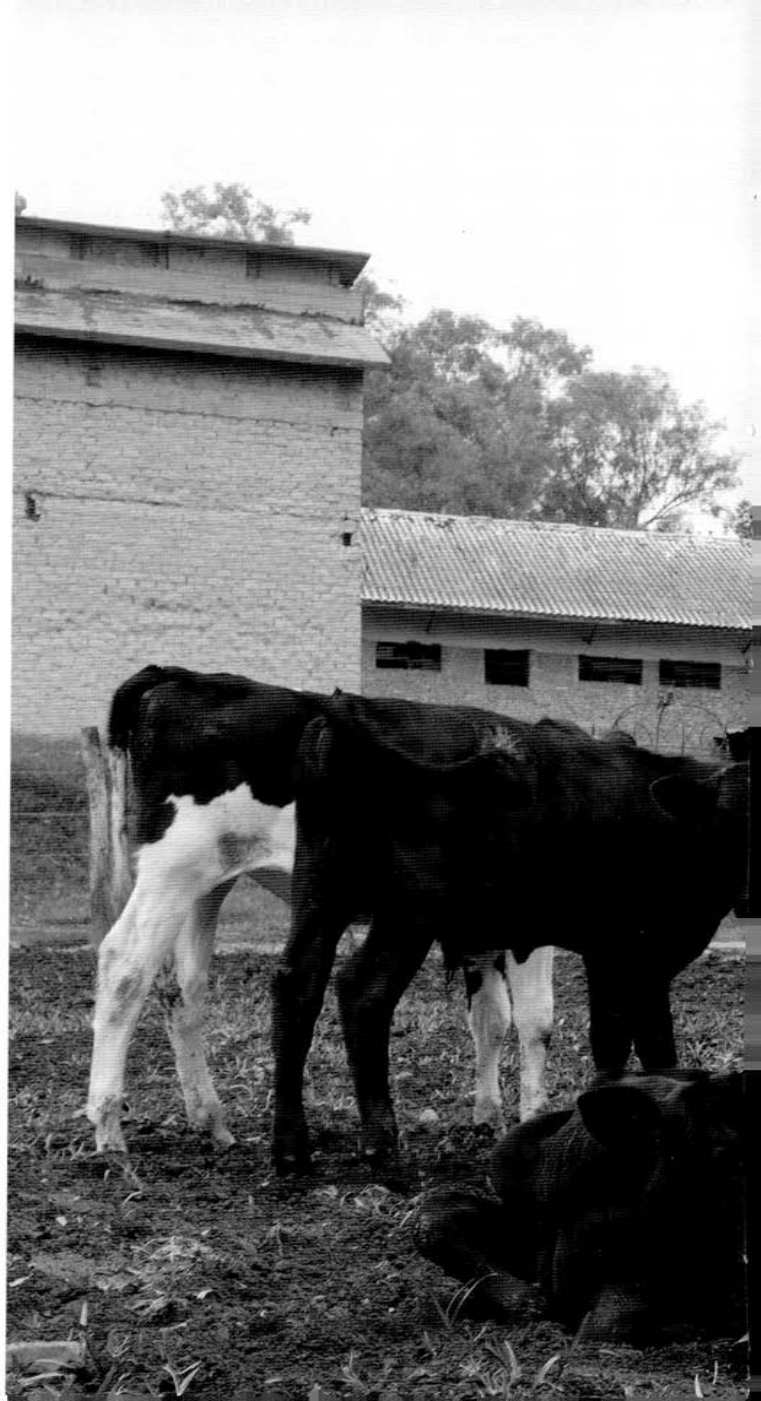
Luego de 20 años en el INTA, el doctor Hábich se jubiló en 1986. En 1998 se desempeñó un tiempo como Interventor del Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo Pesquero (INIDEP).

Gerardo se considera un investigador y un administrador por sus actividades en el Grupo de Reproducción en Balcarce, en la URISA-NOA y en Colombia, lugares en donde continuó la huella trazada por los padres fundadores del INTA.





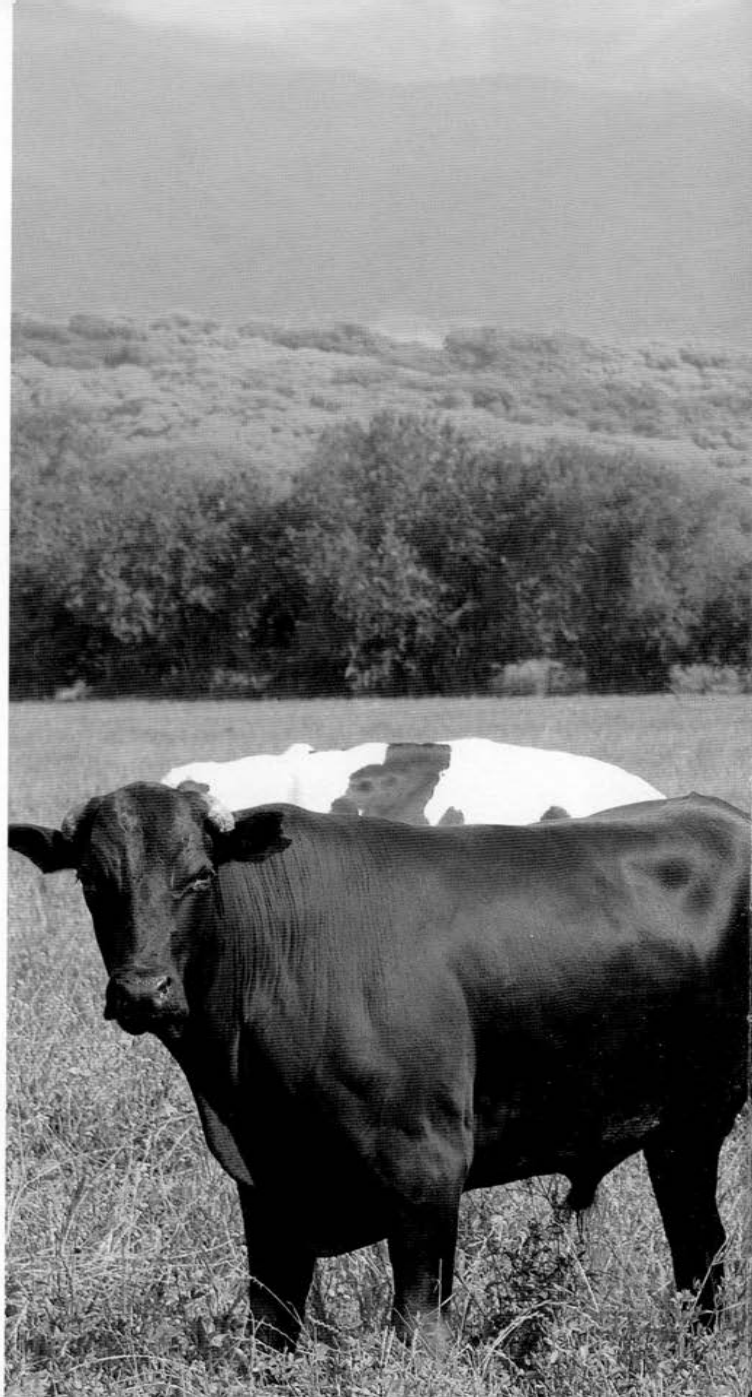










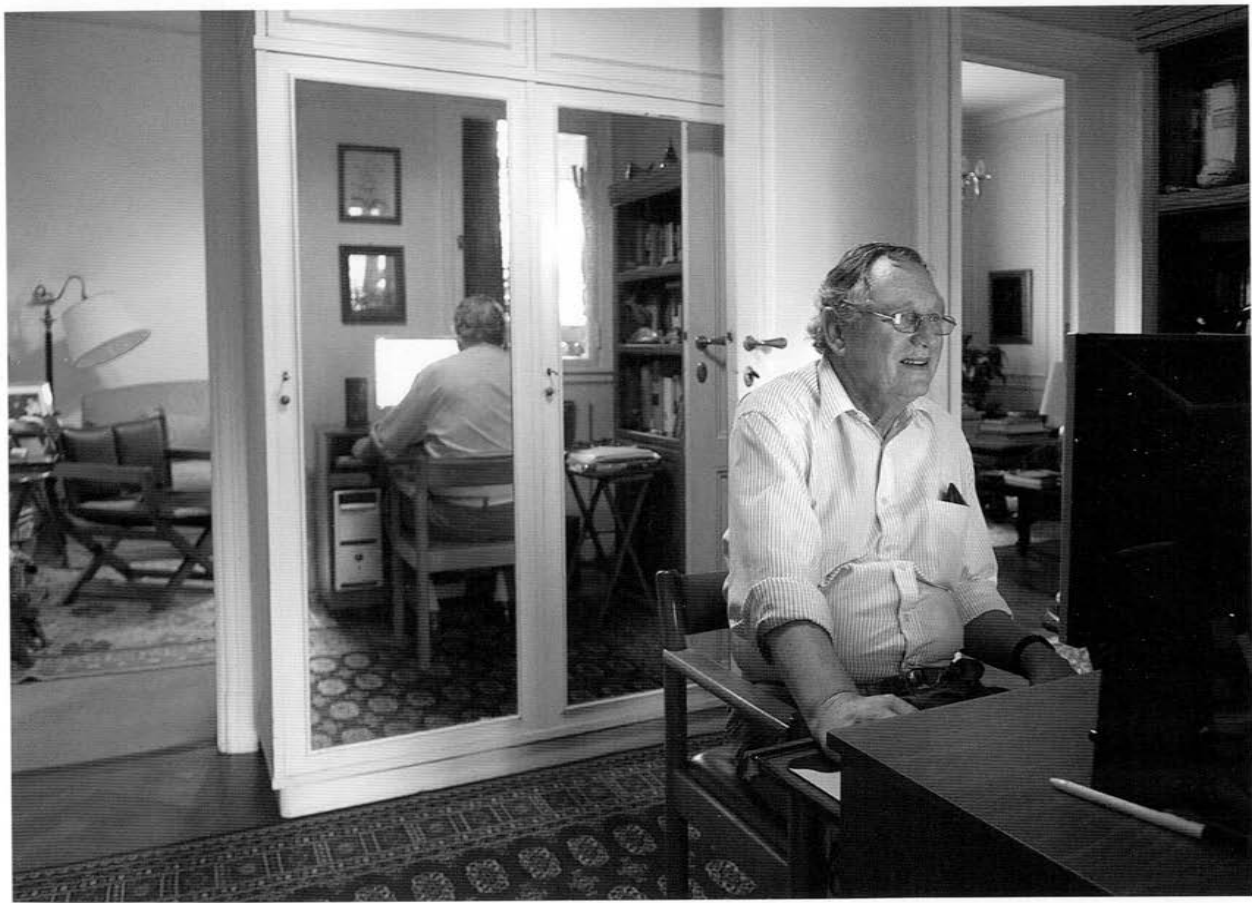






















HERMINDA YONE
ESTRADA DE BENAVENT



HERMINDA YONE ESTRADA DE BENAVENT

MUJERES LÍDERES

Como extensionista del INTA por casi veintisiete años, la antropóloga Herminda Yone Estrada de Benavent debió buscar nuevas maneras para desarrollar planes de educación en las comunidades de Salta, en un medio muy diferente al del resto del país. Hoy puede decir que quedó conforme con los resultados obtenidos con las mujeres y los niños.

Herminda nació en Rosario de Lerma, Salta. Cursó estudios en su provincia y en 1974 se recibió de licenciada en antropología en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta (UNSA). Ingresó al INTA por concurso el 21 de junio de 1960, cuando tenía 27 años.

Fue capacitada en saneamiento ambiental para cumplir tareas técnico educativas, de primeros auxilios, de educación sanitaria, de relaciones humanas, en conservación de alimentos, huertas y nutrición. Luego buscó pasar estos conocimientos a las familias rurales y capacitar a los docentes.

Debió tener en cuenta las diferencias notables que se superponían en la población con la que se vinculaba para armar los primeros grupos rurales del Valle de Lerma. Como asesora de extensión rural debía alcanzar a comunidades en el noroeste argentino (NOA) que tenían problemáticas totalmente diferentes entre sí. Le tocaba organizar distintos planes de trabajo a causa de las barreras culturales.

Los planes fueron armados para mejorar el nivel de vida de la mayoría de la población rural. Trabajaba con las esposas e

hijas de los pequeños productores y trabajadores rurales, también con las escuelas primarias y, más tarde, incluso con las secundarias para expandir sus planes. Buscaba capacitar a las mujeres para que fuesen líderes.

PATIO COMUNITARIO

A pesar de la situación crítica de la educación y de los escasos medios económicos se pudieron lograr eficaces actividades comunitarias, como la creación y el mejoramiento de las salas de primeros auxilios. Además, se impulsaba la producción de dulces, verduras, conejos, huevos, animales de granja y otros productos rurales. Todo se revendía para obtener ingresos. Las mujeres trabajaban toda la noche para hacer tamales y reunir fondos para edificar las salas de primeros auxilios.

Se debía concientizar sobre la realidad en todos sus niveles, también a los patrones en sus fincas, acercándolos a los problemas concretos, como la falta de electricidad o de agua potable. Había carencias muy relacionadas con la pobreza.

Herminda trabajó con personal de los Ministerios de Salud Pública y de Educación. Se ocuparon de instalar caños plásticos para acercar agua a las casas ubicadas a largas distancias. Eso permitió que las familias rurales no tuviesen que perder horas enteras acarreado el recurso a pie y en baldes.

Otro de sus logros importantes fue la construcción de dos barrios en el departamento Chicoana, con el sistema de ayuda mutua. La población levantó los bloques y la construcción completa, con asesoramiento técnico del INTA y de Saneamiento Ambiental de la provincia. Tardaron diez años en

construir esos dos barrios, desde 1974, en pleno proceso militar. Las entregas de los hogares fueron muy emotivas porque significaban un cambio de vida.

Hermida también trabajó en la Agencia de Extensión Rural Valle de Lerma con los Clubes 4 A (amistad, adiestramiento, actitud y acción), donde capacitaba a la juventud rural. Como los trabajadores no tenían tierras con agua, no podían armar proyectos comunitarios de cría de animales. De todos modos ella cree que lograron un avance positivo al “abrirles los ojos”, al instruirlos transformándolos en líderes. Algunos se insertaron más tarde en sindicatos, varios se fueron a otros países, los hijos de los productores continuaron en la producción agropecuaria y muchos llegaron a ser Concejales.

EDUCACIÓN DE BOCA EN BOCA

Pero al principio, la antropóloga Yone Estrada debía ir finca por finca explicando qué era el INTA, ya que nadie sabía de que se trataba el nuevo instituto. Herminda está persuadida de que dejó su vida en esa tarea y ahora ve que las hijas e hijos de esas mujeres de campo son enfermeros, profesores o tienen múltiples oficios. Los que empezaron como arrendatarios ya son propietarios. Antes sólo les esperaba dedicarse al servicio doméstico, pero salieron del circuito de la pobreza hacia otras actividades por la motivación y la preparación que recibieron.

Antes enseñaban desde lo más elemental de la cocina, porque no había noción de lo que era preparar una comida sustanciosa y nutritiva. Se trataba de una tarea de extensión rural distinta, cuando no había televisión ni celulares. Ahora la televisión les enseña a hacer una torta, las cosas llegan de otra forma y la sociedad evoluciona pero por imitación y no por educación.

Para levantar el nivel de vida, organizaban excursiones de manera que conocieran otros modos de manejarse y que los adoptaran. Era una recreación educativa. En Mendoza, por ejemplo, conocieron la conservación de alimentos y cómo se trabajaba para darle valor a las producciones.

Les decían que los niños se iban a dormir en la escuela si hasta los 4 años no les daban leche, carne y proteínas. No aprenderían por debilidad física. Aunque después les dieran lo mejor y se hicieran grandes, la estructura interna quedaba igual y era muy difícil mejorar. Las mujeres se ponían a llorar cuando lo relacionaban con otros hijos que ya tenían problemas.

Era un trabajo duro, recuerda Herminda, pero como veía enormes resultados se sentía estimulada. Era una enamorada del INTA. Excepto en algunos momentos políticos difíciles, cuando no tenía apoyo se movía sola. Le entregaban un jeep o alguna camioneta dura y combustible, entonces ella se las rebuscaba para salir a los caminos salteños. No necesitaba chofer.

Se fue adaptando a cada circunstancia. A través de la capacitación adquiriría las herramientas para cambiar la realidad y conseguir resultados. No se quejaba: trabajaba tranquila y era feliz en sus tareas.

GUARDERÍAS (NO SÓLO EN EL INTA)

Le interesaba crear espacios donde se cuidara a los hijos de las trabajadoras y así se convirtió en la autora del plan provincial de guarderías que se puso en marcha en 1973. Llegó a manejar diecisiete guarderías para cuidar a los hijos de las mujeres que trabajaban en el tabaco, con asistencia del Ministerio de Salud

Pública y del Consejo de Educación. Recibían a los chicos a las 9 de la mañana y los cuidaban hasta las 7 de la tarde. Les daban comida, educación, atención médica y dental. El trabajo en la industria del tabaco era insalubre para los chicos. En esa época las estufas secadoras funcionaban a leña, con cenizas ardientes.

Herminda recuerda que los pequeños le decían “papá” al dentista (o a los médicos). Era una fantasía que impresionaba y cuyas causas nunca llegó a comprender.

Otro aspecto sensible de la educación era el uso de los baños o el tendido de las sábanas en las camas. En esos tiempos hacían campañas para instalar letrinas. Para que comprendieran el cambio, los llevaban de excursión a hoteles de buen nivel en Jujuy, donde veían cómo se usaban los baños. De esa forma, cuando se mudaban a sus casas flamantes ya tenían nuevas pautas de conducta.

Por esas épocas Herminda asistió a un curso en la Ciudad de Buenos Aires, donde conoció, hace 48 años, al ingeniero agrónomo José María Benavent, un porteño especialista en entomología. Juntos se fueron a Salta y se casaron el 14 de marzo de 1964. Radicados en la ciudad de Rosario de Lerma, él comenzó a desarrollarse como entomólogo en el INTA.

"INTA DIGNIFICA A LAS MUJERES"

Para Herminda, el INTA dignificaba a las mujeres y las capacitaba para una mejor vida, lo cual redundaba en mejoras para sus hijos. De esta forma se cerraba un círculo que incluía la casa, la preparación de los campesinos salteños y el futuro de sus descendientes.

Por ejemplo, trabajó con pequeños productores en la zona de Cachi, donde sufrían grandes barreras debido a la falta de agua y a problemas en la comercialización. Junto a expertos del INTA que llegaron de Buenos Aires, les brindaron nuevas variedades de cereales. Otro avance fue el mejoramiento de las viviendas para trabajadores en las fincas.

La antropóloga admite que todo ese trabajo se pudo desarrollar porque sus jefes y los compañeros que integraban el equipo la apoyaban y acompañaban bien predisuestos.

Finalmente se retiró del INTA en 1987.

Cuando ingresó a trabajar en el Gobierno de la provincia (como supervisora del Plan de Guarderías Rurales y Directora General de Escuelas Manual y Técnica de Salta) no alcanzó lo que buscaba para el campo. Le fue imposible dividir a Salta en sectores para poder tecnificarlos y crear industrias, como fábricas de ladrillos y de bordado de telas artesanales. A pesar de tener el proyecto armado y el equipo funcionando, le “cajonearon” la iniciativa. Piensa que hubiese sido algo extraordinario para Salta ya que ahora serían industrias pujantes.

Se jubiló joven y siguió desarrollando sus ideas en su propia finca, junto a sus hijos, en una empresa que atiende a chicos con capacidades diferentes.







Ministerio de Agricultura,
Ganadería y Pesca
Presidencia de la Nación

ISBN 978-987-679-257-8

FORJADORES DEL INTA

TOMO VII



Dr. Gerardo Eugenio Hálich



Ministerio de Agricultura,
Ganadería y Pesca
Presidencia de la Nación